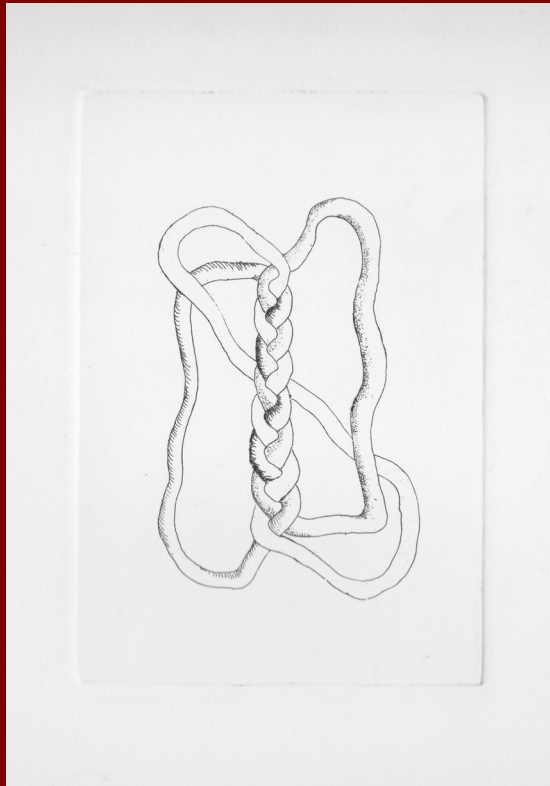


# Nudos sueltos

Giselle García Pereira

Compiladora





# **Nudos sueltos**

**Giselle García Pereira**  
**Compiladora**

*distribuido bajo licencia Creative Commons  
San José - 2018*

*El grabado de portada es de Peppe Cirotti*

863.010.8

N964n Nudos sueltos / Giselle García Pereira,  
compiladora. – San José [Costa Rica] :  
Editor Visualcon.net, 2018.  
1 recurso en línea (130 páginas) : digital,  
archivo PDF ; 1.1 MB

ISBN 978-9930-568-01-9

1. LITERATURA COSTARRICENSE.  
2. CUENTOS COSTARRICENSES. I. García  
Pereira, Giselle, compiladora.

CIP/3318

*CC.SIBDI.UCR*

# Contenidos

Observaciones atemporales.....	7
Soy feliz.....	9
Entre las brumas del lugar donde nací.....	13
Lembranzas de Tortuguero para la nieta.....	20
El águila pescadora.....	24
El asombro de Alicia.....	26
Un momento difícil.....	33
Niña Mechis.....	37
Mamita Marina.....	40
El incendio del Hospital Calderón Guardia.....	48
Fatum ineludible.....	62
He perdido.....	65
El silencio de Dios.....	69
La vida es una fiesta.....	70
El puente en el claro del bosque.....	71
La puerta verdosa que dice adiós.....	75
Ser siendo soy.....	77
Más que un dolor.....	79
Soñando.....	81
Pérdidas.....	83
Confesiones cariñosas.....	87
Carta a nosotros.....	95
Una cucharadita de ángel.....	101
En miércoles no.....	104
El aguacero.....	106
Conversaciones lluviosas.....	109
Rutinas en la vida.....	111

La vida es un festejo.....	113
Una historia de la vida.....	116
Amor materno.....	120
La vida es una fiesta con los monos en la orquesta.....	122
La paloma vuela.....	126

# Observaciones atemporales

Los textos de este libro son producto de un curso de escritura realizado en el 2017 como parte del Programa Institucional para la persona adulta y adulta mayor de la Vicerrectoría de Acción Social de la Universidad de Costa Rica PIAM UCR.

El PIAM es un programa pionero en el país y en la educación superior latinoamericana, este texto que hoy compartimos es solo uno de sus frutos. Las palabras compartidas dan vida a las experiencias y vivencias de los mayores, como prueba de la importancia de este programa universitario que fortalece el aprendizaje a lo largo de toda la vida.

Los mayores contribuyen con productos, a veces visibles y otras invisibles, al enriquecimiento del acervo universitario, lo cual permite que jóvenes universitarios conozcan de cerca y reflexionen con esta parte de la sociedad costarricense que ha vivido una historia que ellos desconocen.

Con este programa la Vicerrectoría de Acción Social reconoce que el derecho a la educación es un proceso permanente y, por lo tanto, facilita

espacios y recursos para hacer realidad el principio de una universidad para todas las edades.

Los integrantes del curso de escritura escriben, leen y comparten, en ese ejercicio de escribir van desarrollando capacidades. A través de escucharse van profundizando su aprendizaje construido sobre la confianza en su creatividad.

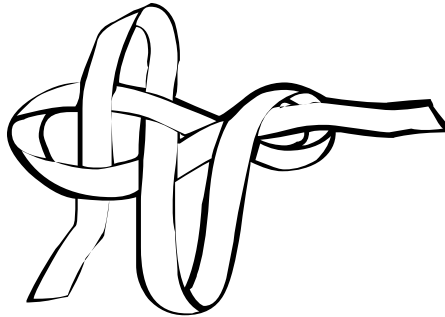
Agradezco a quienes desde el PIAM han permitido que desarrollara un taller de escritura. A María Fernanda Schifani, quien realizó una lectura y edición de estos escritos; al trabajo gráfico realizado por Peppe Cirotti y Lucía González; a Evelyn Silva y Nicole Cisneros quienes contribuyeron a que este trabajo pudiese ser compartido. A todos ellos muchas gracias.

*Giselle García Pereira*



# Soy feliz

*Carmen Brenes Protti*



*¿Quién soy? Soy poeta  
¿Cómo vivo? Vivo  
Gasto como un gran señor  
rimas e himnos de amor  
de sueños, de quimeras y  
de castillos en el aire.  
Tengo el alma millonaria.  
A veces de mi caja fuerte  
roban todas las joyas  
dos ladrones, unos ojos hermosos.*

Estoy aquí en mi casa, sin poder salir, pues tengo gripe, que hace años no me daba. Tengo una tos seca, como decían nuestras abuelas, que me ha irritado la garganta y también una fábrica

de mocos que en una competencia ganaría el primer premio.

Pues bien, precisamente en este día, la Compañía Lírica Nacional de Costa Rica presenta la ópera La Bohemia de Giacomo Puccini, en el Teatro Nacional de Costa Rica; y tomando en cuenta lo que a mí me gusta esa clase de música he tenido que quedarme en casa, porque por ninguna razón debo exponer mi salud.

A modo de consuelo y por supuesto sin hacer ningún esfuerzo extra, puse la ópera para verla en casa. Una vez más la estoy viendo, pero por alguna causa especial hoy me llamó la atención de diferente manera.

Recordemos que se trata de un poeta, un pintor, un músico y un filósofo que viven juntos en una buhardilla en el barrio latino de París y que son pobres como las ratas, pero disfrutan la vida y la aman. La joven es también una muchacha pobre que se gana la vida haciendo flores y bordados, para ella lo que más importa en la vida es el amor. Y yo creo que definitivamente la mayor parte de nuestra vida se mueve por el amor, ¿qué haríamos sin él?, ¡qué sosa y aburrida sería!

El amor nos lleva a disfrutar de las cosas, nos ayuda a no vanagloriarnos de tantas cosas

terrenales que tenemos al alcance y que con alguna frecuencia al no poseerlas perdemos la noción de la alegría y el amor. Quien ama de verdad tiene una vida auténtica y, por lo tanto, disfruta más de todo lo que tiene... y aún de lo que no tiene.

Amamos porque nos damos sin miramientos, sin sopesar los resultados, sino porque disfrutamos la entrega. Pero creo que también el egoísmo tiene un papel importante para nosotros pues si damos también queremos recibir. Amamos a las personas que nos aman, pero a veces amamos sin respuesta, y aun así nuestra vida puede ser plena y satisfactoria.

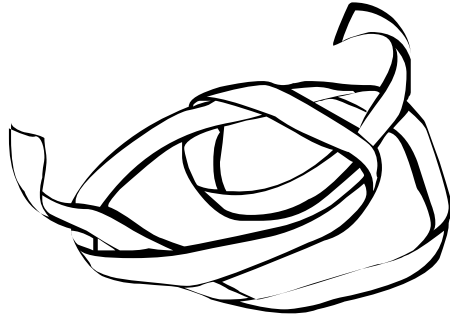
Podemos amar también lo que hacemos, vemos u oímos, como la música, la pintura, la poesía, un paisaje, que también nos dan satisfacción y nos llenan el alma de algo que muchas veces no sabemos con exactitud de qué se trata, pero que nos hace elevarnos al infinito; y sentimos pocas ganas de volver a la realidad, sobre todo cuando esa realidad es dura y grotesca, aun así seguimos amando porque llenamos nuestra vida y la hacemos más llevadera.

Entre tanto, han pasado ya los cuatro actos de la ópera y llegan los acordes de la orquesta que nos dice claramente que hemos llegado al fin y

que ese final sigue vivo con el concepto del amor hasta la muerte.

# Entre las brumas del lugar donde nací

*Virginelia Calderón Salas*



Adormilado por la bruma cartaginesa, por la carretera que conduce a Turrialba, existe un pueblito llamado Birrisito de Paraíso; y como a 5 kilómetros al sur-este, un pequeño caserío de casas desperdigadas en diversas parcelas y pequeñas fincas agrícolas. Parruás es su nombre y... no me pregunten por qué. Quizá por el río que atraviesa sus tierras de norte a sur, del cual nos abastecíamos todos los vecinos pues no había cañería.

El agua bajaba dando vueltas, haciendo recovecos, hasta llegar a Ujarrás a unirse con sus hermanos el Río Caliente al sur de Las Ruinas y el Río Regado que baja bordeando el poblado del Naranjo (donde vivieron mis padres recién casados allá por la década de 1920 y donde nacieron 9 de mis 11 hermanos. Cabe aclarar que yo soy la 10 de esos 11)

En Parruás, mis padres compraron en 600 colonos una finca pequeña con dos colinas; en medio de ellas pasaba el río con el mismo nombre que bajaba corriendo de norte a sur. Mi padre y mis hermanos mayores, con la ayuda solidaria de vecinos, amigos y familiares, construyeron una casa de madera: de tablas anchas en sus paredes y en el piso de la sala. En el resto de los aposentos el piso era de tierra que de tanto trajín se había apelmazado como si fuera de laja negra. Como dormitorios había un largo aposento dividido en tres: el del fondo para las mujeres, el del centro lo ocupaban los hombres y el primero a la entrada, era el dormitorio de mis padres.

Entonces, para salir a la sala o la cocina, todos debíamos pasar por el dormitorio de los padres, ellos controlaban la salida de todos. Ahora entiendo por qué hacían las casas así.

El techo era de tejas de barro y no había cielo raso. Las camas eran muy rústicas y no tenían colchón sino una estera hecha con las venas de las hojas de banano y entrelazadas entre sí con cáñamo que hacían de la cabuya. Solo la cama de mis papás tenía colchón, que lo había comprado papá en Cartago un año que la cosecha de frijoles fue muy buena. La bacinilla era la primera invitada en todos los hogares de esa época.

En la cocina había una especie de mesa, hecha con troncos de ciprés colocados a lo largo, uno encima de otro, hasta una altura como de un metro o más; estaban pegados con una mezcla de barro de olla, de la misma se hacía el horno de barro, y encima un fogón hecho con rieles de los que desechaban en el ferrocarril que colindaba por el sur con la finca. A esto le llamaban tinamastes y ahí colocaban las ollas o peroles de losa. Todavía el aluminio no había llegado a esos remotos lugares.

El moledero no podía faltar, se hacía de una tabla fuerte, de unos 60 cms. de ancho y larga de acuerdo al tamaño de la cocina, pues además servía de comedor. Se lavaba con hojas de targuá (árbol de hojas ásperas, en forma de corazón que al llegar a su madurez se tornaban de color marrón) y siempre brillaba de limpio. Ahí, mamá ponía la máquina para moler el maíz y la piedra para hacer

las tortillas. La vajilla constituida por las cucharas, unos cuantos jarros, platos y tazas de losa multiuso, de acuerdo al número de personas que conformaban la familia.

La ropa de cama y la ropa interior, eran hechas con los sacos vacíos de harina, que adquiría mi papá cuando salía cada 15 días a Paraíso o a Cartago a comprar el comestible. Luego mi madre y mis hermanas mayores los lavaban en el río con jabón azul y por muchas noches los dejaban al sereno para que se blanquearan, pues traían un enorme sol en rojo que costaba mucho quitar.

El agua debíamos acarrearla desde el río que quedaba como a dos cuadras de la casa, en medio de las dos colinas. Ahí, en sus riberas, mi papá había hecho una rústica casucha con techo de hojas de caña, donde nos bañábamos, aunque la mayoría de las veces lo hacíamos directamente en el río, donde teníamos unos enormes bejucos para lanzarnos a una poza que mis hermanos varones habían hecho.

Muchas veces, cuando veníamos subiendo la colina, rectificas, sin mover ni un ojo, cargando 3 peroles (ollas) de agua, uno en la cabeza y uno en cada mano, se espantaba alguna vaca o torete al oír ladrar a Chomico, el perrillo que siempre nos acompañaba; en la estampida para impedir una



cornada, los peroles daban vueltas y más vueltas, hasta llegar al río. Nosotras, más mojadas que un pollo después de un aguacero, teníamos que hacer de nuevo el recorrido.

Detrás de la casa estaba el horno de barro, donde mi mamá hacía el pan casero con levadura, bizcocho, rosquitas, empanadas, a veces, también hacía torta de arroz y ajiaco. Los lugareños le decían *afiaco*, para no complicarse con la pronunciación. Para la Semana Santa, matrimonios o rezos de novenario y velorios, el horno era muy solicitado por los vecinos, pues en ninguna otra finca cercana había.

Además, mi mamá tenía fama de tener buena cuchara y siempre andaba en esos menesteres, cuando no andaba de partera trayendo muchachitos al mundo.

Después del horno, seguía un pequeño cafetal donde estaba el gallinero, construido en un árbol seco de guaba. ¡Cómo me gustaba fisgonear a las gallinas, cuando queriendo escapar del gallo que las perseguía hacían mil intentos para subir al viejo dormitorio!

Al fondo, muy al fondo del solar, se erguía como un malévolo centinela el excusado de hueco (lo de letrina vino mucho, mucho tiempo después). Por

las noches nadie se atrevía a visitarlo por el temor a que le saliera un espanto.

La casa tenía un corredor al frente y en éste, un improvisado y duro “sofá”, hecho con unos moldes viejos de hacer el dulce y que habían traído de algún trapiche de la zona. Después del corredor seguía un enorme patio de piedrilla de río donde, en las noches de febrero y marzo, sacaban el tabaco a serenar antes de llevarlo a vender a San José.

En esas noches de verano llegaban los muchachos de las fincas vecinas y con el pretexto de ayudar en la actividad de sacar el tabaco, entre 6 y 8:30 de la noche, dirigidos por los hermanos Pastor y Vicente Coto, guitarristas y cantantes, armaban tremenda fiesta de canciones, retahílas, bailes y juegos, en los cuales también participaban mis hermanas y hermanos mayores.

Desde el viejo sofá, los chiquillos observábamos aquella algarabía de la cual entendíamos poco, pero que nos hacía muy felices.

A la derecha de este patio un enorme árbol de targuá; en sus ramas, con sus hojas acorazonadas, verdes y marrones, cientos de pájaros habían construido sus nidos. Debajo de este, mis hermanos y mi padre echaban a pastar los caballos y los

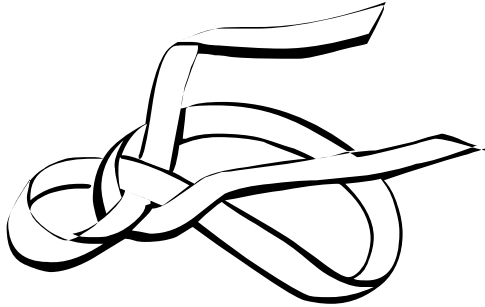
bueyes, cuando regresaban de sus faenas agrícolas por la tarde.

Al terminar el patio, un espacioso enzacatado que colindaba con la línea del tren al Atlántico nos permitía vivir los más lindos atardeceres que tenían como fondo las apacibles montañas que rodean el valle de Ujarrás.

El lugar donde nací era bello, hoy está ausente físicamente, pero permanece eterno y vivo en mi mente y en mi corazón.

# Lembranzas de Tortuguero para la nieta

*Carmen Brenes Protti*



Querida Silvia:

Te escribo para contarte el viaje maravilloso que hicimos el 19 de diciembre. Cumplimos 61 años de vida matrimonial y por ese motivo tus papás nos regalaron un viaje a un lugar al cual, aunque es cerca, nosotros nunca habíamos ido: los Canales de Tortuguero en la provincia de Limón.

Salimos a las 6 de la mañana, nuestra primera parada fue a desayunar en el Fogón de Lela en Guápiles. Un galerón grande, con mesas y bancas largas; pedimos café, té, jugo, gallo pinto, huevos,

queso frito, tortillas; nos sirvieron en unos recipientes que más parecían sartenes sin agarradera y hacían juego con la estructura rústica del restaurante.

Luego seguimos hasta La Pavona, en Cariari de Pococí, estación donde dejaríamos los automóviles. Sacamos las maletas y nos montamos en una lancha. De ahí en adelante, este sería nuestro medio de transporte.

Entramos a la laguna Penitencia y luego cambiamos el rumbo tomando el río Suerte, que nos llevaría al hotel cerca del pueblo.

Las habitaciones del hotel eran muy amplias y bien equipadas, pero lo mejor son sus jardines, con palmeras, plantas con flores y orquídeas. Decidimos descansar un poco, además estaba lloviendo, ¡recordá cómo llueve en esta zona!

En la noche decidimos conocer el pueblo y buscar un restaurante de comida típica de la región que nos habían recomendado, pero tuvimos la mala suerte de que al llegar se vino un apagón que nos dejó a oscuras, aun así decidimos recorrer el lugar iluminado únicamente con las lámparas que los negocios habían encendido y los focos que llevábamos. Recorrimos el pueblo con el agua a los tobillos, pues las calles son rústicas y el agua

se empoza. Pudimos encontrar el restaurante, cenamos y luego decidimos irnos al hotel, pues la luz todavía no aparecía.

Al día siguiente, a las 7:30 de la mañana teníamos que estar listos; la lancha nos esperaba para hacer el recorrido por los canales, ino te imaginás la ilusión que yo tenía! Pasamos un puesto de control donde nos revisaron las cédulas y luego iniciamos el recorrido.

Había un silencio interrumpido únicamente por el motor de la lancha, a veces lo apagaban, quizás con la idea de empaparnos más de ese ambiente tan especial. En un instante me sentí transportada a un lugar que me daba sensaciones muy bellas pero diferentes. Por instantes me sentía como si viajara en una nube que me llevaba por bellos jardines, otras veces me sentía dentro de un bosque de fantasía, lleno de bruma que me hacía ver personajes etéreos.

Puedo asegurarte que en algún momento tuve la sensación de que estaba sola y que vivía allí, donde los únicos ruidos eran causados por el vuelo y el canto de las aves, el chillar de los monos que brincaban de árbol en árbol, o el tintinear del agua al lanzarse los caimanes, ¡qué hermosa tranquilidad!, ¡qué bella vegetación!

Entonces, la voz del guía me trajo de nuevo a la realidad: el paseo había terminado.

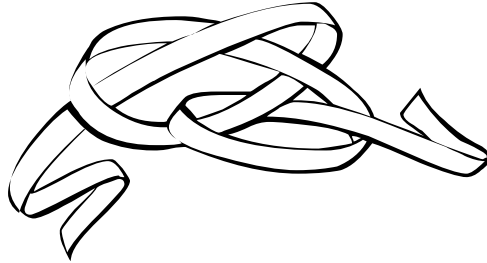
Al siguiente día, pasamos un rato a la playa y luego regresamos a San José, con una sensación de bienestar, de paz, de amor, ¡Qué bello paseo! ¡Qué celebración más hermosa! Me hubiera encantado que la compartieras con nosotros, espero que pueda ser en otra ocasión.

Besos y abrazos,

*Carmen*

# El águila pescadora

*Olga Emilia Brenes*



A pesar de estar en las montañas y que el clima no se comporta igual que en otros sitios, amaneció un hermoso día, claro y soleado. Eso sí, era un día ventoso, el céfiro amenazaba y lograba muchas veces quitar el sombrero o la gorra deportiva a las personas que esperaban evitar con su uso los rayos ultravioleta del sol; me encontraba en las montañas rocosas en Estados Unidos.

Sentada frente a un gran lago, vi de pronto una enorme ave que se dirigía al agua, parecía un águila por su tamaño y su fuerza, a la distancia, lo veía de color negro con pintas blancas. El pájaro, sin dejar de volar, sólo metió las patas y salió con



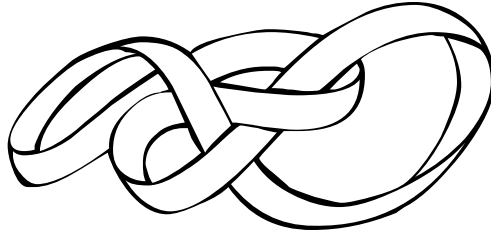
un pez entre sus garras, pero... ¿qué sucede?, el ave está dando vuelta al pez de manera que una parte quede bajo su cuerpo y la otra esté en la misma dirección de su pico. Hecho esto, el ave se aleja volando sin soltar la presa.

Mis amigos me dicen que es un águila pescadora. Pienso, desde mi punto de observación, que el ave no quiere perder velocidad por un pez que le interrumpe el favor del viento, pero como sea, ¡estoy sumamente asombrada! Este lugar no deja de sorprenderme.

He seguido al águila con unos binoculares, observo que se dirige a un nido enorme a lo alto de un poste, ahí le espera otra ave similar, creo que es su pareja, comparte con ella el pescado, no deja que se acerque ningún otro pájaro. En otras palabras los pájaros siguen las mismas leyes de los humanos en cuanto a privacidad.

# El asombro de Alicia

*María Teresa Salazar, conocida como Copi*



Con el asombro de Alicia al cruzar el espejo, descubrí sorprendida la ciudad de las mil maravillas; desperté repentinamente en el soñado Buenos Aires de mi niñez, sus amplias avenidas, sus plazas bordeadas por añosos árboles inmensos, sauces y álamos, jacarandas aún en flor.

Un otoño espectacular pinta el cielo de rosa bermellón, el dorado fulgor incandescente del sol resplandece sin ningún pudor sobre esta ciudad puerto, sus amplísimos parques y paseos, sus eminentes lagos y ríos, que se unen con el mar. Un aletear de luz y de alegría colma mi corazón. ¡Mi Buenos Aires querido! Entono con Gardel, veo

sus cabellos lustrosos de gomina, su sombrero ladeado y su sonrisa.

Pienso en el morocho del viejo almacén y en la bacana. ¡Gracias Virginia, gracias Roxy, que volvieron mi sueño realidad! La elegancia europea en su estructura clásica, la ascendencia de Italia y Francia, España y algún nórdico, me hicieron recordar, respetando naturales diferencias de época y poder, a mi muy bien amada ciudad de San José de Costa Rica, donde nací y me crié.

Población de gente culta y amable, preparada, respetuosa y respetable, gentil y receptiva, guardando sus distancias; bien vestida, discreta, sin asomo de vulgaridad, la mayoría piel de magnolia, de fina porcelana, ojos azules, cabellos claros, (ausentes de mi entorno durante muchos años), gente linda que no volví a ver. Pienso que también alguna vez tuvimos eso en mi pequeña San José, antes de la constante mistura con la inmigración de vecinos y de otras latitudes.

Ciudad de limpieza extraordinaria, césped impecable en cada predio, no vi nunca un matorral abandonado, ni un papel arrugado sobre el caño, ni un fósforo mal puesto, al menos en el espacio en el que me moví.

Igual impresión recibí en el hermoso Uruguay y su capital Montevideo, y en el extraordinario centro turístico de Punta del Este. Impecable, refulgente y claro, las aguas ya mezcladas del Río de La Plata y el Océano, grandiosidad extrema, un sueño realizado, una visita al paraíso. Lo que me hizo recordar, cuando mi abuela decía que algunas circunstancias gratas crean “falsas necesidades” en el corazón, a mi me lo causaron.

Y hablamos de los barrios: Barraca, La Boca, Bohemia, Belgrano, Palermo, Saavedra y Lilia. Vivo en un precioso condominio en el Barrio Belgrano, sus calles anchas y seguras cubiertas de un follaje singular, cúpulas de ramas encontradas, cada calle recrea una catedral. Inconmensurable cantidad de edificios de condominios, acumulando una inmensa población de millones de almas que recorren tranquilos y con paz las espléndidas calles, las aceras algo rotas, pobladas de pequeños cafés al aire libre, todos vamos a pie, hay de todo en cada barrio, un sector grande de esa población que transita para arriba y para abajo la graciosa comunidad va - como yo voy - con su bastón. Seres independientes, sin temor a nada, mi amiga argentina de 94 años va sola a todos sus mandados, usa el subterráneo, el ómnibus o lo que se le ocurra, viene llegando de

un periplo por la China y Dubái, su sonrisa y su ilusión por la vida son los de una jovencita.

Están cerca el parque, la iglesia, los comercios, las farmacias; tiendas de manualidades en cada cuadra, especialidades para coser, aquí todavía la gente cose y teje, borda y crea, cada negocio diseña y fabrica su ropa elegante, distinta, especial; moda argentina que no es adocenada ni de partida, han tenido la suerte de no caer en la mediocridad de gringolandia.

Lo norteamericano es detestable, sobre todo después del asunto de las Islas Malvinas, cuando el hermano mayor del Continente dio su apoyo a Inglaterra en contra del país hermano.

La cultura destella como un faro desde cada rincón, exposiciones de artes plásticas, musicales, conciertos gratuitos: ópera, teatro, drama comedia, jazz, flamenco, tango, ballet. Llegó la Feria del Libro, por el vasto edificio desfila una población compleja de todas las edades, autores consagrados y nobeles, presentación de libros, conferencias, charlas, seminarios, disertaciones; poetas nuevos y antiguos, libros para niños, periódicos, revistas, semanarios. Representación de la literatura mundial a todo nivel. Ansiaría ser joven, sumergirme total en esta maravilla.

La televisión, que al comienzo me pareció “atrasada” en el aspecto electrónico, es muy superior a lo nuestro en cuanto a programa, seriedad y clase, de los comentaristas e integrantes de sus programas. No miran los programas de CNN, sino noticias mundiales importantes y verídicas. Mis escasos conocimientos acerca del mundo y su comedia dieron un giro en u con respecto a lo que antes pensaba. El argentino está bien informado, y quienes se dedican a la comunicación se han preparado bien, no son vasallos del Imperio, en que a veces nadamos a ciegas los centroamericanos. Su interés es el mundo, no gira alrededor del hermano mayor. Critican al gobierno pero reconocen sus aciertos, admiran sin disimulo a los gobiernos socialistas de su vecindad.

Es un deleite leer la prensa, saben lo que escriben y conocen la lengua y la literatura. Se habla un excelente castellano, sin concesiones a la “boludez” de algunos, lo importante es que no son vulgares, deduzco que tampoco lo es la población, al contrario de lo que a los ticos.

Interesa sobre todo el asunto social, el estudio es primordial, la especialización, la maestría, el conocimiento. La gente joven como sucede hoy en todo el mundo se liberó, cumplida la mayor edad y

concluido el estudio cada quien hace con su vida más o menos lo que le place. Vive su vida.

En el capítulo de noticias rojas, casi nada pasa. Escuché por casi una semana reciclar la noticia de un taxista que supuestamente violó a una joven pasajera, y por la cantidad de personas en la calle caminando de madrugada, no escuché que hubiese asaltos ni robos ni secuestros. Están en otra cosa.

Rescaté el pensamiento que me sugiera hace tiempos; el suramericano varón muy a menudo permanece soltero, sin ser necesariamente gay, se dedica a cuidar de sus padres ancianos y atenderlos, cosa imposible de pensar entre los míos. Es oficioso, excelente amigo, participa en labores caseras; me recordó mucho la época de mi niñez en que los señores se mantenían : “en fachas” entre casa e iban al mercado y traían piñas y otras frutas para el hogar, a la hora del almuerzo, se vestían y arreglaban para salir.

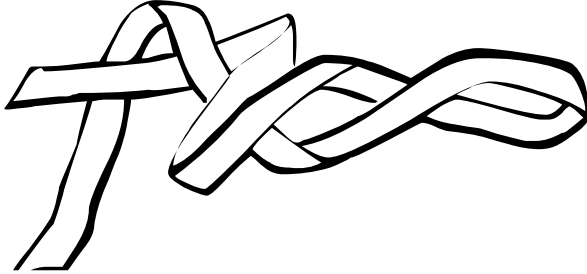
La mujer argentina es, al igual que en otros sitios de la tierra, el verdadero sexo fuerte. Estudiosa, inteligente, capaz y trabajadora, en muchos casos sostiene a la familia, paga estudios, compra propiedades, se mueve y surge. Desde luego hay muchos varones que surgen y triunfan, pero son los menos. El macho latinoamericano

sueña mucho, es atractivo, inteligente, cultivado, amante de lo bello, muy consentido y acostumbrado a que se le sirva, pero no muy amante del esfuerzo ni el estrés. Algunas mujeres no soportan la idea de vivir solas, y reinciden en la boda o el convivio, es un resabio del antiguo machismo latinoamericano ¡Un mal menor que debemos asumir!



# Un momento difícil

*Margarita María Murillo Montoya*



En esa noche decembrina, fría y lluviosa, no pude comprender los alcances de ese momento tan difícil, de lo que pudo haber sido y no fue, y lo que ahora el tiempo y la distancia me dieron a conocer. Fue un momento muy difícil. En un sobre de papel blanco, me dejó una nota escrita. Cabizbajo y meditabundo se despidió con un emotivo y doloroso adiós. Se fue.

Meses después, cuando estudiaba en la Escuela Normal de Costa Rica, recibí una carta anónima. Con solo percibir su aroma especial supe de quién procedía aquella misteriosa misiva. En ella, con su inconfundible letra, me describió con claridad su sincera declaración de amor.

Claro que la había escrito la misma persona que en un sobre de papel blanco me había dejado una

nota citándome: “Te espero en el Parque Central de San José a las ocho de la noche el 30 de diciembre, día de retreta y concierto”. En aquella ocasión, la nota decía también que urgentemente necesitaba hablarme.

Temeroso e influido aún por sus años tempranos de juventud, hasta ese día no había tenido el valor suficiente para hablarme y exponerme sinceramente sus sentimientos. Pudo haber sido ¡Pero no fue!

¿Momento difícil? Sí. Muy difícil. Instantes incómodos para los dos. Irrepetibles. Quiero borrarlos de mi mente. Lucho contra ellos pero no se van. Hoy, medito y pienso. Convoco todos mis recuerdos y con serenidad trato de explicarme. ¿Que pasó?

Justifico, desisto, racionalizo, recorro de nuevo el camino del ayer. Remolinos de ocasos me acosan incansables. ¿Por qué no hablé oportunamente? ¿Por qué tanto tiempo en silencio? Teníamos mucho tiempo de conocernos. Sin embargo, yo no llegué a su cita. ¿Llegaría él? ¿Hubo silencio esa noche? ¿Alumbraría la luna con todo su esplendor? ¿Florecieron las estrellas? ¿Brilló el sol al día siguiente? ¿La tierra siguió siendo fértil sin nosotros? ¿Dónde se iniciaron nuestros sueños? ¿Hacia dónde se dirigieron nuestros caminos?

¡Pudo haber sido y no fue! Tuvimos la capacidad de amarnos y de comprendernos.

Su falta de valor propició el nacimiento de otra historia en mi vida. Sin él volví a pensar y a vivir. Aprendí a enfrentar otra realidad. Hace un tiempo lo volví a encontrar. ¡Qué momento más difícil!

Nos vimos frente a frente. Su lenguaje corporal, su nerviosismo, su frustración en los gestos de su mirada, me revelaron que aún me ama. Comprobé la dichosa verdad de que aún no me ha olvidado

El viejo amor de juventud se quedó ahí, puede ser que aún esté dentro de un sobre de papel blanco, tal vez en un mensaje anónimo y perfumado, quizá permanezca en el Parque Central de San José. Tal vez lo encuentre en una fría noche decembrina. Tal vez sobrevivió a la “retreta y al concierto” de una noche lejana en un 30 de diciembre.

Esta vez sólo cruzamos miradas. Con el pensamiento entrelazamos adioses y despedidas. Todo fue tan rápido que no tuvimos estrellas como testigos.

¿Qué hubiera sido de nosotros si él hubiera hablado a tiempo? ¿Si yo hubiera asistido a su cita? ¿Nuestros amaneceres serían iguales? ¿Dónde están nuestros alegres proyectos de jóvenes estudiantes? ¿Hacia dónde volaron nuestras ilusiones mañaneras? Sus hijos y mis hijos...¿serían hoy nuestros hijos?

¡Claro que lo extraño! Añoré la lluvia que muchas veces nos empapó mientras caminábamos y nos comunicábamos sin hablar, como dice el poeta *“el amor es el silencio más fino”*. Su huella aún está presente en mi inconsciente.

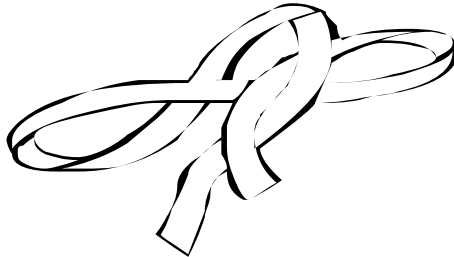
Por diferentes caminos atravesamos variados e incontables desiertos. El momento difícil del ayer es el mismo momento difícil de hoy: me amó, lo amé, lo que pudo haber sido... ¡no fue!

Existen mudos recuerdos de aquellos momentos bellos. Aún vive nuestra música, las fotografías perdidas en álbumes amarillos y gastados, los cafés compartidos. Los encuentros furtivos. Si estos hablaran... quizá nos podrían revelar el secreto: ¿Por qué lo que pudo haber sido no fue?

¡Los momentos difíciles aún están latentes, igual que nosotros... estamos vivos!

# Niña Mechis

*Marta Hernández Mendoza*



Cursé mis estudios, desde primero hasta sexto grado, en la Escuela Marcelino García Flamenco. (años 1947-1952). Sólo hermosos recuerdos guardo en mi memoria de esa maravillosa escuela: nuestros amigos incondicionales, aquel baile de graduación.

Originalmente era un edificio de dos plantas, una construcción con mucha madera, los corredores tenían pisos de mosaico antiguo y otros con pisos lujados. En la primera planta, inmediatamente después de la entrada principal, a mano derecha, había un salón muy grande con un piano, que era el de la clase de música y también de actos públicos, con ese piano la maestra, la insigne "*Niña Mechis*", como cariñosamente se le llamaba - siendo su nombre

Mercedes Agurcia Membreño, de origen hondureño - nos daba las clases.

Todas las mañanas, la *Niña Mechis* recibía a las alumnas de la escuela, tocando los valeses de Strauss; antes de entrar a clases, nos reunían en el patio central para cantar el Himno Nacional y el de la escuela, acto seguido la maestra de educación física, nos ponía a hacer gimnasia. Cuando terminábamos nos íbamos a las respectivas aulas, a comenzar nuestras clases.

La *Niña Mechis* era una artista consagrada, una mujer con una gran energía y creatividad; formó en nuestra escuela un grupo de teatro, con el cual representamos obras de cuentos infantiles como *La cenicienta*, *Blanca Nieves* y *La noche buena*, esta última, con música de don Julio Mata, su gran amigo, el que con regularidad la acompañaba en el piano.

Todas estas obras fueron presentadas en el Teatro Nacional gozaron de un gran éxito. El tema de *La noche buena* se desarrollaba en un gran bazar de juguetes donde por la noche, cuando ya cerraban la puerta, comenzaba una bellísima actividad y todo cobraba vida: las luces de colores, los soldaditos de plomo, las muñecas, los trompos; estos con una armazón de madera que formaba el trompo, y la bailarina que estaba por dentro le iba

dando vueltas, todos bailando al compás del precioso tema musical “Es ya la noche, la noche buena”, de don Julio Mata.

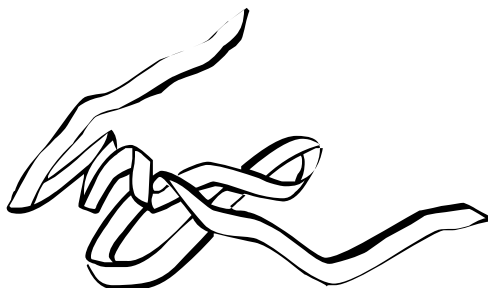
Cosechamos siempre el aplauso de un numeroso público que nos llenaba de gran emoción y estímulo.

En esta actividad tomaban parte la maestra de dibujo, quien hacía los murales para cada obra, y le quedaban muy bien y la maestra de educación física o gimnasia. Era todo un respetable equipo de trabajo, con un resultado de éxito total, teatro lleno y lluvia de aplausos.

Gracias *Niña Mechis* y demás seres que nos formaron en el arte también, pues esto dio inicio al Colegio Conservatorio de Castella.

# Mamita Marina

*Margarita María Murillo Montoya*



Su gran patria, Costa Rica. Su provincia, San José. Su pequeño techo, Moravia.

La “solariega” casa de los Murillo Umaña fue su hogar. En ella cultivó su niñez, tejió su adolescencia y refugió parte de su juventud.

Templó su carácter la orfandad de padre y madre, las limitaciones económicas, la soledad y el rodar de casa en casa, de familia en familia, junto con sus hermanos menores; después de haber perdido, además de a sus progenitores, todos sus bienes materiales. A su lado siempre conservó “su clase y orgullo”.



Para ser feliz solo necesitó paz y sabiduría.

Margarita Marina, mi abuelita paterna, desde muy niña quiso estudiar y ser enfermera obstétrica. Lastimosamente, le correspondió soñar en una época en la que a las mujeres no se les consideraba merecedoras ni aptas para el estudio ni para dejar las labores domésticas.

Nadie creyó en ella ni la quiso ayudar. Sin embargo, una sabia religiosa española de las Hermanas de la Caridad, enfermera que laboraba en el Hospital San Juan de Dios, percibió su vocación y su talento: en el momento oportuno le dio la mano.

Perseveró y logró su meta.

Fue una de las primeras enfermeras obstétricas graduadas con honores en Costa Rica. Sembró por doquier su dulzura, servicio y abnegación. Curó al necesitado. Atendió mujeres en labor de parto, trajo al mundo niños de toda clase social. Para ella, el día de trabajo estaba formado por un ramillete de veinticuatro horas, y la semana laboral estaba sellada con el término “infinito”. Ayudar y servir siempre fueron sus objetivos de vida, su razón de ser.

Desempolvando recuerdos y periódicos viejos que heredé de mi abuelita, me enteré de que le gustaba escribir poemas; sus compañeros de la escuela Porfirio Brenes Castro de Moravia le daban a cambio “pesetas y cuatros” para que vertiera su inspiración en escritos que ellos enviaban a sus furtivos amores de niñez y adolescencia.

Participaba en cuanto acto cívico y velada le daban oportunidad. Quizá heredó vetas de artista, escritora, motivadora y de oratoria. Me sonrojé, al descubrir con santo respeto, intimidades de “Mamita”: cartas de amor que recibió de sus admiradores, de sus amigos o quizá de alguno que otro infiltrado enamorado. Algunas son citas para verla el domingo en la plaza de Moravia a la salida de la misa de 10. Otros la llaman “la negra guapa”. Algunos le dibujan corazones rojos atravesados por una espada. Flores secas, fotos desteñidas, tarjetas amarillentas, trozos de cintas de colores y papel de regalo.

Descubrí entre sus haberes un revelador disco de acetato de 45 rpm. Este tiene una dedicatoria especial y, a su vez, la melodía “El vals de media noche...”. Este vals la hechizaba. Ella lo escuchaba con especial pasión, lo tarareaba, amaba y a veces hasta humedecía sus enormes ojos negros. Nunca supe de quién se acordaba, pero ella lo

pedía por teléfono, y en Radio Reloj la complacían minutos después de recibir al año nuevo.

Conoció el amor y la ilusión en la flor de su juventud. Selló su relación y fruto de él nació mi padre. Formó un hogar pero no le fue posible conservarlo. “No pude seguir”, decía sin ocultar su tristeza y su frustración. Su amor giraba en el mundo.

La ley del amor universal rigió su vida. No soportó estar atada a nada ni a nadie.

Para ella, su prioridad fue la superación personal, el estudio y la dedicación a su profesión. Sus niveles de conciencia y crecimiento personal y social eran muy elevados.

En esa época, no había nacido aún el hombre que pudiera detenerla, comprenderla, tolerarla, dominarla, cortarle sus alas, impedir que volara o volar con ella. Alguien que creyera en ella y fomentara su espíritu soñador. Sospecho que esa alma gemela nunca llegó.

A mi memoria aflora un dato curioso: mis padres le entregaron el título de abuela cuando ella apenas tenía treinta y seis años. Sus cuatro nietos fuimos como sus grandes trofeos. Se hacía

propaganda gratuita y jocosamente celebraba su juventud y sus credenciales de abuela.

La recuerdo como una mujer valiente, enérgica, ordenada, disciplinada. Para ella el “no”, el “nunca”, el “imposible” no existían.

Su sabiduría, omnisciente. Fue talentosa y brillante en todo lo que emprendía. El flujo de sus enseñanzas aún no termina. Lo disfrutamos sus nietos, bisnietos, sobrinos y lo valoramos más, conforme el tiempo transcurre.

Los noventa y dos años de su vida fue pulcra en el vestir. Mujer alta, elegante, coqueta y femenina. Dedicaba tiempo para recogerse el cabello con “redecilla” o hacerse bucles. Le gustaba disfrazar sus canas, aunque ya en el ocaso de sus días las aceptó blancas, plateadas y brillantes. Destacaba por la limpieza y lozanía de su cutis. Recuerdo que se lo cuidaba con miel de abeja y con glicerina. Con barniz transparente pulía sus uñas. Cuando no se vestía de enfermera usaba tacones altos.

La recuerdo en su trabajo, con su impecable uniforme color algodón y su gorra blanca, almidonada y categorizada con una cinta negra en el extremo superior. Ella era enfermera obstétrica titulada.

Aún percibo el dulce aroma de su perfume. Amaba sus esencias. Destilaba energía positiva. No permitía que confesáramos dolores, ni males, por simples que fueran ya que nos reprendía diciendo que nuestras quejas “eran por falta de oficio”. Por esto es que hoy pienso que su energía fue positiva y eterna.

También fue hacendosa. Su pasión: la cocina, con sus famosos tamales en navidad o en cuanta ocasión ella consideraba necesario celebrar. Hacía tamales cuando un sobrino se casaba o cuando otro se iba a estudiar al extranjero. ¡Y qué decir de sus tortillas palmeadas!; Y de sus sopas de leche y de sus salsas de tomate.

Compartir con sus primas de Moravia y llevarnos donde Auria, al taller de las tártaras o cocadas, era un regalo para nuestro paladar de niños, gustosos de las mieles de coco, guayaba, chiverre; de las empanadas, quesadillas, queques y rosquillas que ahí se preparaban.

También con ella disfrutamos al tío Juan. Saboreábamos cebolla, coliflor, zanahoria, chayote en los curtidos deliciosos para la Semana Santa. Por cierto, el tío Juan tenía fama de “empinar el codo” de vez en cuando y de no demostrar jamás cuál era su grado de embriaguez.

Cuando uno de sus hermanos más queridos falleció y dejó viuda y cinco hijos pequeños, ella dijo “presente” y se hizo cargo de esa obligación. Les dio techo, comida, abrigo y estudio. Los entregó a la sociedad formados y autosuficientes. Nunca fueron carga para nadie.

Parte de sus diversiones favoritas fue pasear, ni la edad, ni el idioma fueron limitantes. Tampoco el no poseer carro propio. Fiestas patronales, turnos, bautizos, ella asistía donde la convidaran. Tenía amigas en todos los rincones del país.

Compañeros inseparables fueron su sonrisa, su sentido del humor, una vida activa y saludable. Gustaba de la lectura y música romántica. Religiosa a su manera, aunque siempre alimentó en nosotros el amor y temor hacia Dios, cultivó nuestra fe y sembró semillas de esperanza entre sus descendientes.

Hijo biológico solo parió uno: mi padre. Hijos del corazón, incontables como las estrellas del firmamento. En los lugares donde trabajó como enfermera repartió salud y regaló “chiquitos”. Cuentan los testigos mudos que en dichos lugares es muy común y frecuente que las personas se llamen Marina o Marino. Bautizaban a sus descendientes con el nombre de mamita Marina,

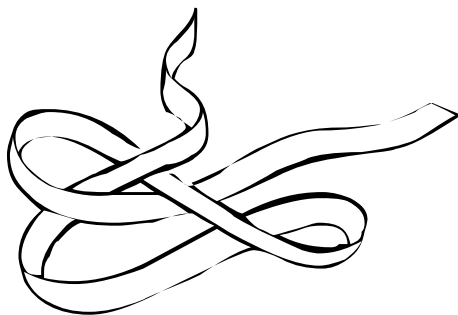
las familias agradecían de esta manera el cariño y la atención que ella les prodigaba.

Fundó una Casa Cuna en Tres Ríos. En Miramar de Montes de Oro, el Centro de Salud fue bautizado con su nombre. Veneran su recuerdo en San Antonio de Belén, Turrialba, Naranjo, Tarrazú. Yo soy uno de los frutos que ella recibió en sus labores de enfermera obstétrica. También recibió a dos de mis hijos.

Hoy, todos los que la conocimos le rendimos respeto y admiración. Bendecimos su memoria.

# El incendio del Hospital Calderón Guardia

*Patricia Allen*



Es una de esas noches que uno desearía no recordar, pero tampoco olvidar. Una de esas noches que uno nunca planeó vivir y simplemente le tocó. Dicen que todo tiene una razón de ser, todavía no he descubierto la razón de esta noche. Tal vez escribir sobre esto ayude a descifrarlo.

Soy médica, neonatóloga, en otras palabras, especialista en recién nacidos, más específicamente personitas de 0 a 28 días de edad. Especializada en atender a esos seres que



permanentemente llamo “*ratitas*”. Siempre he pensado que lo más parecido a una neonatóloga es un veterinario. La pregunta de siempre ¿por qué? Bueno, cuando nacen antes de tiempo, son lo más parecido a una ratita, no son lindos, les falta desarrollo, crecimiento y engorde para llegar a verse como un bebe “*Gerber*”. Pero, además, simplemente porque no hablan una tiene que ver, oler y adivinar. Exactamente lo que hacen las persona que trabajan con los animales, que tampoco hablan. Entonces, el olfato, el tacto y el color se convierten en sentidos muy importantes para desarrollar y utilizar.

Las personas que trabajamos en hospitales, especialmente en sala de partos, sabemos que los olores son importantes para llegar a un buen diagnóstico. Se sabe cómo huele un bebé recién nacido sano y el olor del líquido amniótico en donde ha estado viviendo durante nueve meses, así como huele aquel que ha tenido sufrimiento fetal o el que nace con una infección que se ha desarrollado dentro del útero.

Todo el mundo reconoce que los bebés tienen un olor característico y agradable, independientemente si le pusieron colonia *Menem* o no. Simplemente huelen a bebés. Conforme va aumentando la edad tratamos de disfrazar nuestros olores y por eso usamos perfumes y desodorantes. De alguna

manera se rechazan los olores naturales de nuestro cuerpo, pensamos que no son agradables: el sudor, las partes más íntimas, la sangre de la regla, el semen, solo para dar algunos ejemplos. Así como hay una amiga que dice que le gusta que su ropa huela a sol, y yo sé a qué olor se refiere.

Volvamos a la famosa noche a la que hacía mención. Solía trabajar en el servicio de neonatología del Hospital Calderón Guardia, esa noche hacía una guardia, común y corriente. Cuando se hace guardia en un día entre semana, se empieza a trabajar a las 4 pm y se sale a las 7 am. Generalmente se revisa a los pacientes graves, los exámenes de laboratorio que llegan, se atienden partos de alto riesgo y cesáreas. Cerca de la medianoche o un poco más, la actividad disminuye y una puede ir a la habitación, oír música, ver televisión e incluso dormir un poco. Hasta que de nuevo aparezca una emergencia.

En los primeros años que realicé guardias era solamente una persona, luego el nivel de trabajo fue aumentando y éramos dos por noche. Esa noche, a las 2 am estaba yo durmiendo cuando de pronto abrí los ojos y Patricia, mi tocaya y colega, estaba enfrente mío y me dijo que algo estaba pasando en el hospital. Yo me levanté, salimos de la habitación y fuimos a la puerta que daba a un pasillo del hospital. Miramos hacia los dos lados

del pasillo y no vimos nada, ni un alma. Nos dimos la vuelta y regresamos al salón donde están todas las “ratitas” y las enfermeras, los monitores, las mantillas, los ventiladores y, además, el sonido de las alarmas. Donde todo huele a limpio, a jabón desinfectante, alcohol y medicamentos.

De lo que recuerdo, en el momento que estábamos allí, entró una enfermera gritando que el hospital se estaba quemando. Fue extraño, nunca oí el humo, recuerdo asomarme por alguna ventana y ver las llamas altas amarillas y anaranjadas. Nos asomamos de nuevo en la puerta que daba al pasillo del hospital y la gente corría en desbandada.

Hasta allí llegó mi memoria. No recuerdo nada, ¿qué hice?, ¿cuánto tiempo pasó? Luego de ese *lapsus*, tomé conciencia de nuevo cuando escuché un grito o tal vez fui yo la que grité. Me veo bajando una incubadora con un recién nacido prematuro por las gradas del área de psiquiatría e íbamos hacia el servicio de emergencias. Estas incubadoras pesan mucho, la llevábamos entre varias personas y eso provocaba un desnivel, vi como la “ratita” se iba deslizando y su cabecita iba a chocar con la pared, golpe que podría ser letal para un bebé muy prematuro. El grito fue una orden: ¡levanten la incubadora! Así se impidió el golpe.

¿Qué pasó en este lapso? ¿Qué hizo Patricia?  
¿Qué hice yo?

Con el hospital quemado, nos redistribuyeron en otros centros para realizar guardias y durante semanas o meses no tuve la oportunidad de ver o hablar con mi colega y tocaya, ni ninguna otra persona de las que vivimos esa noche quemada y trágica.

Vi las noticias, supe el número de muertos e incluso fui testimonio en un programa de televisión en un canal nacional. Ese mismo día, a eso del mediodía me reincorporé a mis obligaciones laborales en otro centro y seguí cumpliendo con mis labores, como si nada hubiera pasado.

Había dos cosas que me preocupaban. Bueno, tal vez una más que otra. O tal vez de una era consciente y de la otra no. La principal, en vista de que no tenía memoria, yo había hecho lo que me correspondía o simplemente me había paralizado y no había hecho nada, entendible por la situación, pero no aceptable para mí como profesional, pensaba en lo que yo esperaba de mí. La otra era el impacto que esa vivencia había tenido sobre mí. Cada una de ellas tiene desenlaces diferentes.

Una amiga periodista, que en ese momento trabajaba en una canal nacional, me llamó para

saber si estaba dispuesta a participar en una entrevista y accedí. Sobre mi testimonio no recuerdo mucho al respecto, pero sí recuerdo claramente la frase final: “¡Esto nunca debió haber sucedido!” Una vez intenté buscar una copia, sé que las televisoras mantienen registros. Me comuniqué con el canal correspondiente y me informaron que tienen el video, nada más tenía que hacer un trámite sencillo para obtener una copia. Por razones desconocidas todavía no lo he hecho.

Pasé muchos días como ausente, distraída y con un nudo en la garganta, pero sin poder llorar. ¿La necesidad de llorar era por la tragedia vivida o por desconocer cómo había actuado? Comentando esa sensación con mis hijos, mi hija muy cariñosamente ofrecía traer una película triste para que pudiera llorar, o me sugería picar cebollas. Luego contaré sobre cómo y cuándo el llanto decidió salir.

Al tiempo pasé por el hospital. Vi sus paredes ahumadas, todavía con un fuerte olor a quemado. Recordé las imágenes de los noticieros donde se veía a las personas tratando de escapar por las ventanas usando sábanas anudadas para poder descender de un segundo o tercer piso. Y escuchar sobre las explosiones y las personas muertas, tanto pacientes como personal del

hospital, especialmente del área de enfermería. Descubrí que lo que protegió al servicio de neonatología, había sido el ascensor, si no hubiera existido esa estructura metálica y fría, probablemente nos habríamos quemado. De un lado del ascensor estaba negro y quemado a lo largo de todos los pisos, del otro no. ¿Se podría llamar a eso suerte o destino?

Pasaban los días, las semanas y creo que meses. Seguía el nudo en mi garganta. Seguía ahí sin poder quitármelo. Un día, no recuerdo por qué, salí con mi amiga Jacqueline. Nos encontramos en algún lugar para conversar y tomarnos un vinito, que periódicamente lo hacemos. Cerca de las 9 de la noche, un poco más un poco menos, nos despedimos.

Cuando manejaba hacia mi casa exploté en un llanto incontrolable, tanto que en un semáforo o un alto las personas que estaban en un carro a la par mía me preguntaron si estaba bien. Yo ni siquiera pude contestar. ¡Todavía cuando recuerdo esto lloro sin poder parar, y fue hace más de diez años! Me parece como una de las escenas de la película *“Alguien tiene que ceder”* con Diane Keaton y Jack Nicholson, cuando ella escribía y lloraba y lloraba. Un buen amigo mío estaría fascinado de verme escribiendo esto, solamente por el placer de verme llorar.

Llegué a mi casa aún llorando - en ese tiempo era extraño que llorara; ahora, conforme los años pasan lloro por todo - Mi hijo, al verme así, entre enojado y preocupado, me preguntó ¿quién fue el hijueputa? ¿qué le hizo? ¿qué le dijo? Cuando le expliqué que por fin había podido llorar después del incendio, nos abrazamos y lloramos juntos. Mis hijos lloraron conmigo por solidaridad, yo solo espero que nunca vivan una experiencia similar.

Así, al fin logré que desapareciera aquel tremendo y molesto nudo en la garganta. Al menos eso pensaba yo, que esa llorada lo resolvería todo, en todo caso eliminó el molesto nudo en la garganta del momento.

Cuando me encontré de nuevo con Patricia, colega y tocaya, después de un rato me atreví a preguntarle, un poco con vergüenza, si yo me había quedado paralizada ante la noticia del incendio. Le expliqué que no recordaba nada hasta el momento en que ya estábamos en el servicio de emergencias.

Ella me volvió a ver extrañada, con una mirada de incredulidad, entonces - entre una mezcla de afirmación con pregunta - casi que gritando, me comenzó a contar:

- ¿¿!Qué qué!?? ...cuando la enfermera entró pegando gritos, usted le dijo que se callara y empezó a dar órdenes a quien se le pusiera enfrente. Usted puso a la gente a trabajar sin importarle quién fuera. Fue indicando cuáles bebés sacar primero y cuáles después. No había tiempo para quitarle los sueros a los niños, había que cortar con tijeras las mangueras para hacerlo más rápido. Todo se iba llenando de humo.

Primero los bebés sanos, como decir los que estaban en tránsito, tal cual hacen alguna personas en los aeropuertos. Estos bebés en tránsito, son los hijos de las madres que les realizaron una cesárea y están en recuperación o en algún otro procedimiento que no les permite, por algunas horas, estar junto su hija o hijo. Son bebés sanos pero que requieren los cuidados de rutina. Luego los que no están tan enfermos, luego los más enfermos y por último los graves y más graves.

Conforme Patricia me iba contando, yo iba recordando poco a poco algunas cosas, no todas. Se sacaron todos los recién nacido excepto uno que estaba en cuidados intensivos, el más grave y con menos posibilidades de vivir. Una de las enfermeras insistió en sacarlo, yo le dije que era muy peligroso, que era mejor no poner en riesgo al personal. Decisión difícil y hecha a pura adrenalina.



Se fue haciendo un espacio para todos los pacienticos. Todos acomodados sobre los muebles del servicio de emergencias, en fila, abrigados dentro de sus sacos de franela rosada. Tratando de que estuvieran, en lo posible, los más separados del resto de las personas que estaban en ese servicio. Recuerdo que decidimos colocar el expediente debajo de cada uno de ellos para que no se extraviara y... ¿Dónde les ponemos el nombre? Lo primero que pensé fue en la frente, pero inmediatamente reaccioné y me dije que esa piel tersa, suave y delicada no toleraría despegar un esparadrapo sin lastimarla. La decisión final fue colocar el esparadrapo en sus pancitas, sobre la ropa y sin lastimarlos.

Mientras acomodábamos a los bebés, había que comparar los que teníamos con los registros previos de ingreso. No recuerdo cuántos eran en total, pero sí notamos que faltaban dos bebés, además del paciente grave que habíamos dejado en el salón de neonatología.

El servicio de emergencias del hospital parecía un mercado persa. Estaban todos concentrados, los pacientes internados, los que tuvieron que ser movilizados, los propios pacientes del servicio de emergencias y los que venían llegando.

La persona que me preguntó por el bebé que se quedó en el salón de neonatología no se quedó contenta con mi respuesta, por lo que se buscó a unos internos y residentes y se fue con ellos a traer al bebé que se había quedado en la incubadora abierta en la unidad de cuidados intensivos. Aparecieron de pronto en emergencias, con el bebé en brazos, con los tubos cortados chorreando sangre. Había que correr para que ese bebé prematuro y grave tuviera las condiciones adecuadas en ese servicio de emergencias. ¿Incubadoras? ¿De dónde? ¿Cómo proveerle el calor necesario? ¿Lámparas? Una vez acomodados todos había que tramitar su traslado a otro lugar ya que las condiciones que tenían no eran las mejores.

Se llamó al Servicio de Neonatología del Hospital Nacional de Niños y la respuesta fue que no había campo.

“Doctor, pero usted entiende lo que le estoy diciendo, el hospital se está quemando.”

“Si entiendo lo que me dice, pero no hay campo.”

Cuelgo el teléfono y pienso, pero ¡qué imbécil! no entiende la emergencia. No desisto, por lo que llamo al Servicio de Emergencias del Hospital de

Niños y le explico a la persona a cargo la situación. La respuesta fue que inmediatamente estarían coordinando para el traslado de los recién nacidos. Eso me tranquilizó un poco. Solo que no sabía que inmediatamente era 4 horas después. No en la madrugada, sino, hasta el amanecer.

Todas las personas sabemos lo que es un recién nacido. ¿O no? Ellos no respetan horarios. Cuando se sienten incómodos lloran, cuando tienen hambre lloran, si ensuciaron sus mantillas lloran. En medio de la emergencia, donde todo el mundo corría para resolver y tratar de arreglar cosas. ¡De pronto, todos los bebés empezaron a llorar en estéreo, a coro! ¿Qué pasaba? Como dirían algunas personas, “elemental mi querido Watson” ¡Hambre!

Pues tienen la rara costumbre de comer cada tres horas. Nadie había pensado en eso, ni mucho menos dónde conseguir la leche en un hospital que se está quemando, pues tampoco había mamás para que les dieran de mamar porque ya habían sido evacuadas. Nuevamente se llamó al Hospital Nacional de Niños y se solicitó que además de mandar ambulancias para los traslados nos enviaran alimentación para los bebés.

Una colega, Hilda, se presentó en la madrugada para ver en qué podía ayudar, se sumó al trabajo.

Posteriormente, a las 6 de la mañana aproximadamente se presentó el jefe y fueron apareciendo las figuras importantes. ¡El traslado de los recién nacidos se realizó en ambulancias frente a las cámaras, con todo y chupón de leche!

A propósito de los medios, los tuve que buscar por todos lados porque no aparecían. Quería que las familias de los bebés supieran que todos estaban bien y ninguno había fallecido, eso los tranquilizaría, pero estaban en otros lados con la gente importante...

En fin, ¿qué más les puedo decir? Los dos niños desaparecidos, nos enteramos después de que llegaron a consulta de niño sano a diferentes lugares del país y reportaron que no tenían ningún documento porque se habían quemado en el hospital. Sus madres en la angustia y desesperación no pudieron abandonar el hospital sin sus hijos y se los robaron, si es que así se puede llamar.

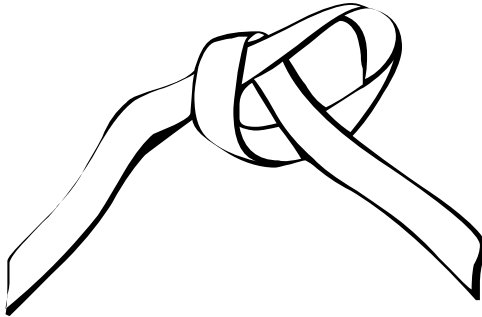
En cuanto a la frase de mi testimonio en la televisión, sigo considerando que eso nunca debió haber sucedido, pero no solo eso, sino que las personas responsables no fueron correctamente señaladas. Cualquier hospital debe estar preparado para enfrentar una emergencia de este tipo, sobre todo si ha sido advertido durante años por los especialistas en esa área. La responsabilidad de

esta catástrofe fue fundamentalmente de la dirección de dicho centro por no acatar las disposiciones recomendadas.

El último aspecto importante de mencionar para cerrar esta reseña es que realmente me ha costado lágrimas escribir esto, y hasta ahora lo puedo releer sin llorar. Capítulo cerrado y a seguir caminando para adelante, como hacen los gigantes.

# Fatum ineludible

Rolain Borel



Una tragedia ocurre cuando los protagonistas se ven inexorablemente conducidos - por una pasión o por una fatalidad - a un desenlace funesto.

Los griegos perfeccionaron el género de la tragedia, mientras que nuestra generación ya no recuerda su significado profundo. En efecto, pareciera que la inercia de nuestro bienestar ahogó la pasión en nuestro diario vivir y que el *fatum* o el destino ya no manifiesta su poder sobrenatural en la vida humana. Sin embargo, sin que nos demos cuenta, la tragedia acecha, tan vigente como hace veinticinco siglos, salvo que sin dioses, ni héroes.

El *fatum* ineludible, que nuestra sociedad pretende ignorar, se hace realidad bajo la luz del pronóstico fatal de la adicción. No me refiero a los problemas mundiales del narcotráfico, cuán trágicos sean estos, sino al mismísimo modelo nuestro de desarrollo, el que claramente sigue un patrón de adicción. Sí, de adicción a la energía barata, que nos sirve en bandeja todas las facilidades de nuestra abundancia, aunque este derroche venga ligado a la amenaza destructora de cambios climáticos imparables, los que nadie quiere entrever.

Cuando el borrachito de la esquina cede a las ganas irreprimibles de echarse un tapis, *ipso facto* cava un poco más profundo su tumba. Tampoco nuestra época tiene la fortaleza de rechazar a los cientos de esclavos “gratis” que nos procuran los derivados de la energía fósil, pese a que nos empujen directo hacia el descalabro.

Ya que reconocimos que somos adictos, ¿quién nos va a quitar nuestros anhelados e imprescindibles mechazos diarios? Si no lo hacemos nosotros mismos, por el angustioso camino de la desintoxicación, no tengamos duda de que nuestra Madre Tierra lo hará de manera implacable.

Definitivamente, si los griegos eran maestros de las tragedias en los tablados, nosotros nos llevamos

la palma como actores de un cataclismo inevitable  
en el gran escenario planetario.



# He perdido

*Rolain Borel*



Instrucciones de uso:

Es indispensable que este texto sea leído en voz alta, sin respirar, o casi, al estilo “Rap”, *staccato-accelerando*.

Es abrumadora la cantidad de cosas que se pueden perder...

En efecto, confieso que en algún momento y lugar de mi vida me ha tocado perder:

Peso

Pelo

Fe

El tren

El bus  
El vuelo  
El tiempo  
El hilo  
La guerra y muchas batallas  
El habla  
El miedo  
Los nervios  
El juicio  
Los dientes  
Los lentes  
Los pedales  
La calma  
El sueño  
El rumbo  
La senda  
La razón  
El control  
La confianza  
La chaveta  
La cabeza

Los estribos

Un amigo

Un partido

Un aliento

El apetito

La compostura

Las elecciones

La virginidad

El norte y el sur

Una buena oportunidad

Plata, muuucha plata

El sentido del humor

Velocidad y altura

Mi herramienta predilecta

La receta de mi plato favorito

La vista, el olfato y, lo más preocupante, el oído

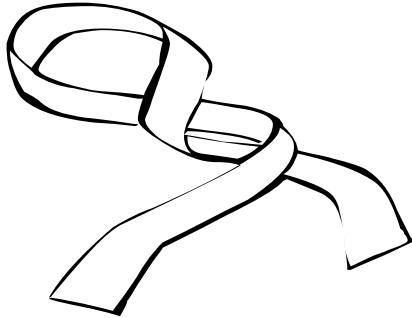
Las llaves de mi casa, de la felicidad y,  
probablemente, del cielo y del infierno

Y también... como debe ser mi unicornio azul...

Dicen que lo último que se pierde es...  
sí esa también la he perdido alguna vez.  
Pero no todo está perdido y puedo proclamar  
bien alto  
que, por dicha, aún no he perdido  
la pasión por la vida.

# El silencio de Dios

*María Elena Méndez Anchía*



Porque tú  
me escuchas  
silencioso en silencio

no me ves con ojos de desaprobación  
no me dices qué debo hacer  
no me mientes

me das aliento  
de fuerza y de perdón,  
y aunque no me digas nada  
llega de pronto un susurro de amor.

# La vida es una fiesta

*María Elena Méndez Anchía*



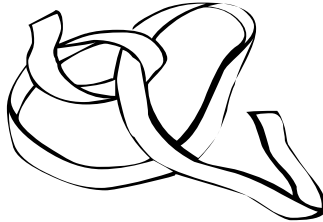
Cuando existe  
una buena conexión conmigo  
entonces lo celebro en cuerpo y espíritu

Mi alma vibra.

La vida es un movimiento constante  
de sentidos que te apretujan  
que embriagan el corazón.

# El puente en el claro del bosque

*Olga Emilia Brenes*



Ha pasado poco más de un año desde que Marta y José se casaron. El tiempo, ese amigo o enemigo, depende de quién lo mencione, tiene la palabra. Marta considera que no recuerda haber sido tan feliz antes de ahora. El tiempo pasado la obliga a pensar en lo que ocurrió antes del matrimonio.

Eran tiempos difíciles, no había comunicación entre los pueblos que dividía el gran trecho entre las dos montañas. Los dos pueblos solamente se reunían una vez al año, durante las fiestas patronales, en la parte de abajo de las montañas, donde estaba la Ermita de la Virgen del Cobre. Los lugareños aprovechaban esa oportunidad, en que se reunían con los del “otro lado”, para hacer fiestas bailables y para vender comidas que siempre eran novedosas.

Ese año, como les mencioné, uno antes del matrimonio de Marta y José, ambos fueron a una fiesta bailable y bailaron toda la noche, se volvieron a ver al otro día con cualquier pretexto, pero también se vieron el siguiente y el que siguió; total, se vieron todos los días de las fiestas patronales. Al final estaban enamorados y José pidió hablar con el padre de Marta para pedir su mano. Don Juan escuchó silencioso la larga perorata de José, al terminar de hablar, le hizo la siguiente propuesta:

"Mire muchacho, sólo ha estado con mi hija una semana y ya considera que está enamorado y puede casarse con ella. Yo sé que sólo tenemos una semana para reunirnos los de ambos pueblos, pero aún así lo considero muy precipitado; mi propuesta es que dejemos pasar este año y si en las próximas fiestas aún quieren casarse, yo no me opondré. Le aclaro también que esta es mi última palabra así que por favor no me importune más, porque aún tengo cosas que hacer y que comprar aquí en el bajo antes de regresar a mi pueblo.

Ante esas palabras y al ser Marta una hija obediente no quedaba más que esperar el año indicado. Cada uno regresó a su pueblo, pero José - no conforme con la propuesta de su suegro - comenzó a explorar la montaña en la que vivía para tratar de encontrar un camino para ir a reunirse con



Marta. No halló el camino, pero sí una zona en que la otra montaña se veía tan cerca que parecía que se podía conversar con alguien del otro lado, si se forzaba la voz lo suficiente. Ya descubierto el sitio, necesitaba avisarle a Marta, para encontrarse y mirarse, aunque fuera a la distancia, para así hacer más corta la espera. Le mandó un mensaje a Marta con un chico que dos veces a la semana se dedicaba a hacer el recorrido entre los dos pueblos montañoses para llevar mensajes de uno a otro lado. A partir de ese momento, Marta comenzó a ir al clarito de la montaña, todos los miércoles y los sábados, después del trabajo y los domingos después de misa. Siguieron viéndose y de cuando en cuando se decían algo a gritos.

Al año, cuando se acercaban nuevamente las fiestas patronales, Marta le dijo a su papá que continuaba con los deseos de casarse con José y que él pensaba lo mismo. Hasta ese momento, confesó sus viajes al claro de la montaña. Don Juan le dijo que respetaría su palabra pero que hicieran un matrimonio muy familiar, pues no tendrían tiempo de avisarles a los parientes, ya que las Fiestas Patronales estaban encima.

Sin embargo, entre los habitantes de los dos pueblos se regó la bola que habría boda durante las Fiestas Patronales y, como nadie quería quedarse sin invitación, unos ofrecían llevar un

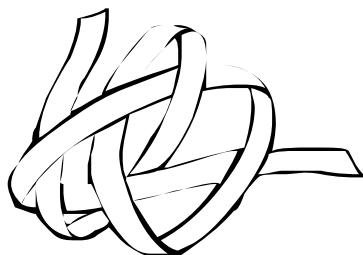
arroz con pollo a la fiesta; otros, una olla de carne; el de más allá, unos frijoles con chorizo, total que se hizo un fiestón con la participación de todas las personas de los dos pueblos. Fue tan grande que mucha gente quedó afuera de la ermita, pero todos les echaron arroz al salir y todos fueron a la fiesta, que tuvo que celebrarse en la plaza de deportes.

Todo mundo se enteró de la triquiñuela de José, los lugareños de uno y otro lado de la montaña se fueron a explorar el clarito del bosque y decidieron que harían un puente para pasar de un lado a otro de la montaña. Les costó mucho, usaron bueyes y mecates muy fuertes para añadir tres troncos y así construir el puente que uniría los dos pueblos. Al final lo lograron y hoy Marta, de ocho meses de embarazo, va a inaugurar el puente y visitar a su madre, la que devolverá la visita para ayudarle en el parto.

Y fue así que el puente de esta historia sirvió para unir vidas, ilusiones y comunidades. Sin embargo, el verdadero puente, el puente del amor, lo construyeron Marta y José, durante aquel año en que se vieron, a ambos lados de la montaña, en el clarito del bosque.

# La puerta verdosa que dice adiós

*Lilia Canossa Armijo*



Desde donde la puedo observar, esta casa ofrece a mi curiosidad solamente uno de sus costados y parte de la fachada. El sol deja brillar aún los vestigios de una cal, antes blanquísima, ahora tipo crema sucio. También se puede distinguir una parte de su borde inferior, pintada con azul cazafantasmas. Pegado a la pared lateral, hay un horno de leña que, desde lejos, parece un panal vacío y seco, sin olores ni sabores.

El detalle más interesante de esta antigua amiga es su puerta frontal azul verdosa. Muchas personas se han sentado a observarla conmigo; algunos la ven totalmente cerrada, otros piensan

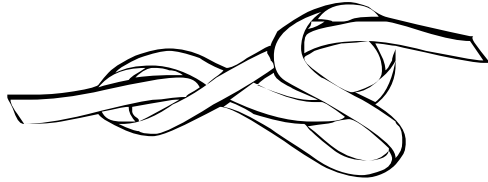
que está apenas entreabierta, invitándolos a entrar a la frescura.

Un vecino jura que en el umbral se distingue perfectamente a una muchacha de vestido negro, piecitos diminutos y una larguísima trenza, que tiembla de colores con el sol. En el techo - mitad zinc oxidado, mitad tejas que luchan por no caer - ha crecido un arbusto raquítico, lleno de ramas espinosas y vacías. Da la impresión de una mano artrítica que se despide con un gesto de disculpa y quiere volar para no volver.

En realidad, todo lo que veo de esta casa está diciendo adiós, volando con el tiempo y con el viento, hacia épocas que quizás, y sólo quizás, fueron mejores. Pero se ha quedado aquí, atrapada en mi sala, dentro de una acuarela pintada en 1973, esta casita escazucaña que ya no existe en Escazú.

# Ser siendo soy

*Maureen Hidalgo Ch.*



Quisiera escribir el más dulce poema que dijera:  
Yo soy la lluvia tardía en el verano,  
La brisa fresca en el desierto,  
El abrigo y consuelo ante la adversidad.

Pero, por el contrario, será una prosa que diga:

Yo soy la mujer que se levanta todas las mañanas con el sol. Prepara desayunos, almuerzos, tiende camas y comparte un momento de prisa con su familia, antes de que se vayan a trabajar.

Se queda limpiando, lavando, arreglando la casa y peleando con las telarañas de su mente.

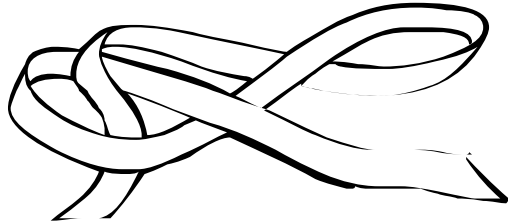
Soy esa mujer que a solas se encuentra con ese amigo entre comillas, buscando coqueta su aprobación. El espejo, a veces cruel y despiadado, me mira y me recuerda que los años han pasado y se notan en el color de mi cabello y en las líneas de mi piel. Otras veces amoroso me recuerda con cariño la herencia de mis padres, lo alargado de mi rostro y la nariz aguileña que me hacen única y de una belleza rara y original. Entonces la ausencia de ellos, de mis papás, se hace más llevadera cuando los veo en el reflejo de mis ojos.

Una mujer, una esposa, una madre, a veces sentimental y soñadora, amorosa y protectora. Otras, egoísta y vanidosa.

Y, ahora, aprendiz de escritora.

# Más que un dolor

*Maureen Hidalgo Ch.*



Se respira una paz y una sensación de soledad, no muy lejos se puede ver algo que parece una ciudad, pero más bien es un cementerio, las luces suben y quedan suspendidas en el aire. Está amurallada y tiene un gran portón blanco que no permite entrar a nadie durante la noche, entre las barras se pueden ver delicados ángeles y cruces que adornan el lugar. El silencio ensordecedor, de vez en cuando, es interrumpido por el ruido de un grillo o algún vehículo.

Dentro del muro se distinguen dos figuras sentadas sobre una bóveda, son blancas como el papel y están hablando. Se quejan de que ya no pueden salir de ese lugar y de que nadie las ha visitado en mucho tiempo.

Una de esas figuras se llama Margarita y le cuenta a su compañera su desgracia. Se acercan a la verja y ponen sus manos entre los barrotes y descansan sus cuerpos.

- Que frío hace esta noche -dice la amiga de Margarita.

- No lo siento, sólo puedo pensar en este dolor de muela- expresa Margarita.

- ¿Cómo te va a doler una muela si estás muerta?.

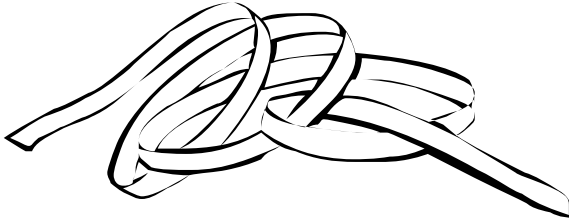
- contesta la compañera

Margarita responde: - No hay nada peor que el dolor de una muela muerta.



# Soñando...

*Maureen Hidalgo Ch.*



La noche está oscurísima, hay una neblina casi verde que lo cubre todo, el frío llega hasta lo profundo de los huesos. Un ambiente macabro lo rodea completamente; aunque no se pueda ver, hay una sensación de que algo malo está ahí acechando.

El silencio que lo embarga sin reservas se ve interrumpido por risas que terminan en dolorosos lamentos. De vez en cuando, un relámpago hace resplandecer el cielo y se rompe el grueso manto de oscuridad y se pueden ver las sombras de dos seres. De pronto un calor intenso llena el espacio y una luz, producto de unas llamas, aclara el lugar, parece una fogata, pero no lo es. La fuente que las produce no parece de este mundo.

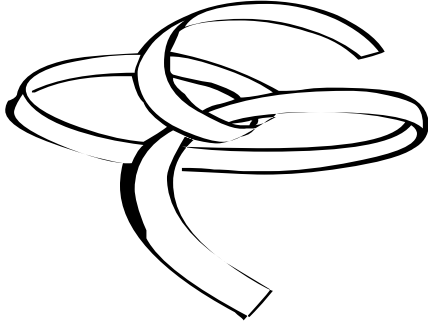
En tanto, una mujer está siendo torturada, sus brazos guindan de pesadas cadenas que cuelgan de algún lugar que no se puede precisar, los grilletes en sus manos no le permiten irse, aunque no está atada. Parece que descansan en las pesadas argollas.

Una criatura sobrenatural con aspecto sombrío y risa macabra, la está atormentando; sus largas uñas parecen garfios que se entierran con insistencia en las costillas de la mujer y provocan una risa forzada que se va convirtiendo en llanto. Al acercarme para ayudar, me impacta la imagen, soy yo. En ese momento abrí los ojos.

*En honor a mi mamá que, cuando yo era niña, me contaba que tenía estas pesadillas, aunque parecen de risa a ella le causaban angustia y a mí me daban mucho miedo, tanto que aún las guardo en mi recuerdo como cuando ella me las contaba.*

# Pérdidas

*Lia Ferreto*



La calma. La paz. El silencio. Cuando se han perdido a través del tiempo, cuando han sido sustituidas por palabras con fuerza de cuchillos, con miradas cargadas de desprecio, con aquellos otros silencios llenos de cinismo, miradas duras como hielos, bocas sin besos, brazos sin alma. Si al fin los recuperas, no habrá nada en el mundo que te obligue a olvidarlos.

Cuando has amado con todo tu ser, has entregado más que tu vida y al hacerlo quedaste desnuda de ganas, sin fuerza, ni aliento para continuar viviendo; cuando miras en el espejo el reflejo de lo que fue tu cuerpo, ahora marchito, cansado y te preguntas: ¿dónde perdí mi alma?

Aquellas hijas que antes llenaban la casa, con sus risas, pleitos y carreras detrás de juguetes; llenaban el entorno de boronas de galletas, papeles de cartas y perfumados borradores. Cuándo y dónde el tiempo las convirtió en adultas y llenaron otros espacios que ya no son los míos?

Mis padres se hicieron viejos, tan viejos como el olvido y tuve que regalarles mis horas, para vestirlos y acompañarlos, contarles mil cuentos y asegurarles que aún había tiempo, que se curarían, que no tuvieran miedo. Ahora son solo recuerdos.

¿Qué se hicieron las guarías de mi patio? Ayer estaban florecidas, llenaban grandes espacios; las tapias y todo el entorno con sus propios hijos, en troncos pequeños luchaban por mostrar más y más flores. ¿Y las vandas? Abrazaban con sus múltiples brazos cargados de ramos perfumados el tronco del árbol de cas. Las lluvias a modo de una especie de traición su flores estropearon y ahora por el suelo lucen tristes y ajadas como alfombras sin brillo ni color.

Y mi juventud, ¿dónde se ha ido? Si solo ayer como juguetona mariposa yo cruzaba los patios llenos de plantas, agachada liberándolas de malezas y bichos; sentía la tierra entre mis dedos, separando las piedras al pasar mis manos por el

suelo deseoso de caricias y de semillas que, igual que la vida, se empeñara en ofrecer belleza.

Juegos del tiempo que nos hacen creer que somos eternos, igual que nuestros cuerpos, sin desgastes ni fatigas. Miro mis zapatillas de danza, por allá quedó escondido mi último leotardo: ¿De verdad yo podía hacer aquellas rutinas tan intensas moldeándome como si mi carne fuera de madera y un cincel lo trabajara? Interminables horas gloriosas donde el sudor, el cansancio y los dolores de mi cuerpo fueran el premio, aquella música y aquellos pasos aprendidos con euforia significaban que lo había logrado. El tango con sus sinuosos movimientos cargados de erotismo; o la alegre algarabía de los cientos de monedas sujetas a mis caderas, mientras música de tierras árabes y gitanas las obligaban a moverse a veces suaves y cadenciosas, otras con rabia y desafío. ¿Adónde fue mi baile?

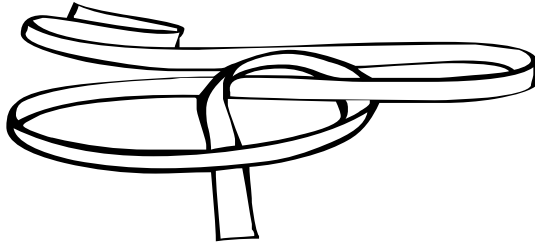
Y la música por horas aprendida, en interminables ensayos, repetitivos hasta el hastío; notas, tonadas, melismas, cuidados de la voz y la garganta con chales y jarabes de miel y jengibre, lubricando con agua las cansadas cuerdas vocales. Tocando el cielo y el infinito cuando el ensamble de las voces producían de nuevo la magia, - orquesta y coro con una sola energía - aquellas obras escritas por los grandes de este mundo renacían de nuevo

y el aplauso caluroso y cerrado al final de la obra te regalaba lágrimas de alegría. También se ha ido.

Después de ser y estar, de haber tenido y perder, de haber amado y vuelto a amar, de llorar y ahora sonreír, de sostener entre mis brazos tantos niños, volviendo a llenar mis espacios de música y color, de cantos y de risas, a pesar de mis pasos más lentos y de mis sueños frustrados, la vida - se los aseguro - conmigo se ha lucido.

# Confesiones cariñosas

*Margarita María Murillo Montoya*



Mi condición de hermana mayor me ha obligado a atesorar diálogos, miradas, inspiraciones, secretos familiares, alegrías, sufrimientos y pesares; propios de una familia muy pequeña y muy unida.

La vida me ha ofrecido la valiosa oportunidad de enmarcar en mi corazón palabras y sucesos escondidos, que empezaron por un saludo y que terminaron con una reverencia. Fue en el seno familiar donde aprendí a disimular lo que no se podía bien vengar. Aquí, en el corazón familiar me inculcaron la política del buen vecino, la justicia social, el respeto por los mayores.

En sabias palabras, aprendí a ver, oír y callar, pues esta era la norma general por respetar. Otra

norma inculcada por mi papá era la de hablar, sí, pero, en el momento oportuno. Defendernos, sí, pero en el momento oportuno.

En mis oídos resuena con claridad la voz de mi madre reforzando la sentencia de que nunca debemos visitar las casas vecinas para fijarnos en lo que no nos debe importar. Quizá por esto me ha costado tanto desarrollar mi sentido de observación. Caló profundo en mí, la idea de no fijarme en lo que no me importa, de no preguntar, de no detallar ni cuestionar nada que suceda fuera de mi hogar.

Tuve la suerte de nacer de padres realistas, discretos, emprendedores, amigos de los amigos, serviciales, trabajadores y honestos. Ricos en sabiduría y experiencias.

Sobreviví desarrollando anticuerpos ante los dimes y diretes de otros amigos y familiares contemporáneos, para mí es de honor propio empeñar la palabra y guardar comentarios, secretos, opiniones, reclamos, verdades y mentiras, todo, hasta que llegue su tiempo... el tiempo debido y oportuno, tal y como decía mi padre.

En mi niñez crecí rodeada de tres hermanos menores y muchos primos mayores y menores, curiosos, instigadores e inquietos. Para mí, en



ciertas circunstancias fue difícil mantener la palabra empeñada y no repetir secretos ni hacer juicios de valor. Sin embargo, me mantuve siempre discreta. En una ocasión, mi hermano Óscar Antonio, de cinco años, insistió, lloró, pataleó: ¡Yaya, decime la verdad! Reclamó con tanta insistencia. ¡Yo lo sospecho! ¡Porfa! Decímelo... Es que mis amigos del kínder dicen...

La situación para mí fue cada día más embarazosa, no podía contarle a nadie, mucho menos a mis hermanos. Mis padres me lo habían sentenciado con mucha reserva, me lo habían advertido: “Usted no lo puede contar a nadie, mucho menos a sus hermanos. Pero, de tiempo en tiempo mis hermanos me increpaban: -Porfa, solo decí: isí o ino!.

Mi compromiso directo fue con papá. Obrero de construcción que trabajaba como fontanero en la construcción de la antigua Tienda El Globo sobre la Avenida Central, muy cerca del Mercado Central, en San José.

Una noche, antes de acostarnos me dijo: “Mañana, cuando me llevés el almuerzo, me vas a acompañar a hacer un mandadito”. Era costumbre en mi casa, según los “chinos” de mi mamá hacia mi papá, que de acuerdo con los lugares donde él trabajaba yo le llevaba el almuerzo en una

“portavianda” de aluminio. Decía mi mamá “es para que su papá coma arrocito fresco y ensaladita”.

En efecto, al día siguiente, le llevé a mi papá la comida recién hecha. El terminó de almorzar y nos fuimos a hacer su “mandadito”. Preguntaba, miraba colores, apuntaba precios, tamaños y marcas. Recuerdo que visitamos el Almacén La Granja, el Centro de Sport, el Almacén de Carlos Palma y otros. Yo no entendía, ni para qué ni por qué.

Cuando notó que ya habíamos caminado mucho y yo estaba cansada, me vino a dejar a la parada del autobús y él regresó a su trabajo. Al despedirme advirtió: ¡No diga a nadie en lo que andábamos. ¡Mucho menos a sus hermanos!

Esto se repitió en dos ocasiones más: visitamos diferentes almacenes, preguntaba, miraba, apuntaba precios, tamaños y marcas. Finalmente, ya satisfecho con sus investigaciones y con los precios obtenidos, con solemne ceremonia hizo la compra: fuimos al Almacén de Carlos Palma, ubicado en la avenida primera, muy cerca de la Librería Universal.

Me pidió que escogiera el color. Con su “metro” de madera que acostumbraba tener doblado en la bolsa trasera de su pantalón de dril beige, midió

la altura y dijo al dependiente: “empáquelo porque hoy me lo llevo”. Llegar a la casa fue otra odisea: “entretenga a sus hermanos mientras yo lo escondo”. No recuerdo ni cómo ni dónde, papá cumplió su cometido y mis hermanos no sospecharon nada.

Hacíamos las tareas en la mesa de madera del comedor construida por mi papá. Estas debían estar listas, ordenadas, sin borrones y con dibujos, para cuando él regresara de su pesado trabajo. Las revisaba y firmaba. Además de estos deberes teníamos que hacer todos los días una copia de cinco renglones: “con bonita letra”. Como yo estaba en quinto grado, y estaba “grande”, según decían mis padres, las copias tenía que hacerlas de La Gramática de Carlos Gangini, un texto impreso en papel periódico amarillento, con tapas verdes y gastado que me facilitaba mi papá y sobre el cual él decía: “Algún día me vas a agradecer todo lo que vas a aprender de este libro”.

Cuando estábamos reunidos y ocupados en nuestras obligaciones de estudiantes, mi hermano Óscar Antonio aprovechaban para de nuevo decirme: “Yaya, porfa, no sea malita, solo diga sí o no”. ¿ Es cierto lo que dicen los primos y mis amigos? ¡Porfa! Y una vez más, mi respuesta fue el silencio, ese era el compromiso, mi palabra

empeñada. Claro que la lengua me saltaba en la boca pero ¡no! ¡No se los podía decir!

Terminó el curso lectivo, los fríos vientos decembrinos, las luces rojas y verdes anunciaban la próxima navidad. Con la dirección de mi papá, hacíamos el portal en la sala de la casa, una vivienda de adobes, muy grande que yo quería mucho y con la que a veces aún me encuentro en sueños. Tenía un gran patio, las pilas de lavar la ropa estaban fuera de la casa, al igual que el baño y la letrina, que era de hueco.

El portal todos los años lo hacíamos diferente: aserrín verde, rojo y amarillo que mi papá teñía con anilina, ramas de ciprés, cohombro para aromatizar el portal, imágenes de yeso, escarcha, un laguito con papel metálico que algún fumador vecino nos regalaba - porque los paquetes de cigarrillos traían ese atractivo y útil papel - un vidrio en el que no faltaban los patitos y un pescador, musgo fresco y luces de colores.

Conforme se acercaba la navidad, ya a partir de las cinco de la tarde, en mi casa se escuchaban los villancicos que Radio Titania dedicaba a su audiencia infantil. Esta emisora quedaba a cien metros de mi casa, frente a la iglesia de ladrillos.

La niña Ofelia Márquez era la encargada del programa para los niños. Ella, además de maestra en el Edificio Metálico, era locutora y animaba nuestras ilusiones por la navidad, nos regalaba golosinas y otras sorpresas cuando íbamos a cantar a su programa radial.

Nos invadía el delicioso perfume del musgo fresco y del cohombro maduro. Nos acariciaba el olor a manzanas y tamales. ¡Qué bella época, la más linda del año!

Conforme se acercaba la Nochebuena y mis papás preguntaban qué queríamos que nos trajera el Niño Dios, mis hermanos se aceleraban e insistían en sus asedios: ¡Yaya, porfa, decinos la verdad, porfa! Finalmente les respondí con energía, ya casi enojada: ¡No se los puedo decir! ¡No y no! Con esta razón se dieron por satisfechos y no me volvieron a cuestionar.

Llegó la noche de acostarnos temprano porque vendría el Niñito Dios con los juguetes y nuestros regalos. Aunque yo “estaba grande”, según mis padres, también tenía que irme a la cama sin protestar.

Amaneció y con la luz del nuevo día llegaron las sorpresas, se descubrieron los secretos. A mis hermanos no les cabía el corazón en el pecho de

la alegría. Ropa nueva, zapatos. ¡Mirá lo que nos trajo el Niño Dios!, decían con inocente felicidad.

A un lado, en el suelo, estaba el triciclo rojo que con tanta ilusión y misterio habíamos ido a comprar al Almacén Carlos Palma mi papá y yo. Al otro lado, estaba el papel manila color café con el que se lo había disfrazado el dependiente para que mis hermanos no sospecharan, en caso de que lo encontraran en su escondite.

En lo alto, sobre toda verdad, estaba aún latente la creencia de mis hermanos de que los juguetes y regalos de la noche de Navidad los traía el Niño Dios. Nunca les quise contar la verdad. Pude guardar el inocente secreto. Había empeñado mi palabra. Ellos siempre sospecharon y finalmente la descubrieron, pero por ellos mismos.

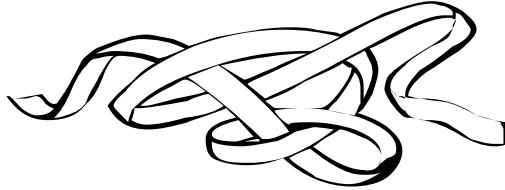
Yo lo supe mucho tiempo antes pero por accidente, estaba muy pequeña. Sin embargo, atesoré y respeté la promesa que hice a mis padres. Hermanos, discúlpeme hoy. En ese momento no pude contarles.

iiiEra un bello secreto!!!

iiiNunca se los conté!!!

# Carta a nosotros

*Evelyn Silva Peralta*



Por fin he abierto el baúl donde guardabas algunas telas preciosas; descubrí con asombro trozos de tapices, bordados, drapeados, brocados. Mis mejillas han acariciado el terciopelo y he resbalado la mirada a través de sedas y velos, pensando cómo disponías tan exquisitas telas para vestir adecuadamente con muebles y cortinas esas elegantes casas de tus clientes.

Imagino las diversas texturas, el grosor y caída de esos lienzos; los colores y tonalidades para combinar con la luz, la sombra, la frialdad o calidez de los ambientes. Debe haber sido una fiesta de posibilidades elegir entre tantos tipos de telas y estilos de muebles.

Tal vez, como nací entre tan deslumbrantes tejidos y en medio de ellas hice mis primeros pasos, nunca me detuve a pensar que de allí

venían esos arrebatos por disfrazarnos cuando jugábamos interpretando obras de teatro. En más de alguna oportunidad creo haber sido Cleopatra y mi hermano Claudio cuando menos debió ser Julio César.

Querido Papá: Desde hace días deseaba escribirte, para comentar cosas. Viste la nevada del otro día en Santiago; muy impactante, verdad? Hacía muchos años no nevaba así, supongo desde aquella vez que nos levantaste de madrugada y salimos los cuatro a recorrer la ciudad vestida de blanco; ¡qué espectáculo tan deslumbrante!

Aprendimos tantos gestos de ti; por ejemplo, esa vez que estaba helando de frío y paseando a Bobby, nuestro perro, volviste al rato, muy rápido y preocupado; fuiste directo al armario, sacaste tu hermoso abrigo azul y volviste a salir. Al regresar dijiste: un hombre cesante andaba congelándose, él lo necesita más que yo.

Esa otra oportunidad en que sentimos un frenazo como de choque. Al salir corriendo nos dimos cuenta de que habían atropellado a alguien en bicicleta. A lo lejos sólo vimos que subiste en un auto y te fuiste. Regresaste mucho después y luego de bañarte y cambiarte ropa, muy triste comentaste: era un niño del colegio suizo, se le metió al auto, su sangre me corría por las piernas



cuando sostenía su cabeza; no estoy seguro si se va a salvar.

Al tiempo supimos que el padre suizo te había buscado para darte dinero y así evitar que declararas la imprudencia del niño en tribunales, estabas tan furioso. ¡Por dicha el niño se había salvado!!!

Ahora, creo, es importante que sepas algo que nunca te dije, que esas sencillas actitudes tuyas nos formaron a mi hermano y a mí; crearon valores y sensibilidades imprescindibles para abordar la vida. Por una parte, esa conciencia fundamental hacia las otras personas; luego, la permeabilidad a toda actividad artística, ambas constituyen un conjunto de valores estéticos y morales invaluable que nos heredaste.

Aparece con claridad esa faceta de tu vida, en que te relacionaste con tanta persona dedicada a la pintura, escultura y arquitectura; pudiste plasmarla en la tapicería y el cortinaje, creaste esas verdaderas “puestas en escena” que constituían cada contrato.

Frecuentemente llegabas con cuadros o grabados; óleos o acuarelas, tus preferidas marinas o paisajes de montañas y lagos; adquiridos para ayudar a artistas en apuros, icómo te dolía contar sus desventuras y aflicciones! De esa época recuerdo

las conversaciones sobre los muralistas Diego Rivera y Alfaro Siqueiros, la gran creación de Picasso sobre la guerra, el sufrimiento y el dolor del rompimiento personal y universal, que dejó plasmado en Guernica.

En ese entonces no sabíamos que los acontecimientos nos separarían, que yo saldría del país y que eso nos impediría disfrutar juntos al ecuatoriano Guayasamín. Tampoco conocíamos los portentos de costarricense como Max Jiménez, Francisco Zúñiga o Paco Amiguetti y uno de los escultores más recientes, para mi gusto notable, como Fernando Calvo.

Sabes papá, estaba recordando cuanto disfrutabas la poesía, por supuesto de la Mistral y Neruda pero también de muchos otros, como Pezoa Veliz. Claro que eso venía de muy atrás, de la inspiración que te traspasó tu hermano mayor, al que adorabas, destacado ebanista y bohemio irremediable, quien escribía poesía en los lugares ocultos de los delicados muebles que construía.

Hay un gran poeta costarricense que no conoces, que tal vez habría sido un Nobel, me refiero a Jorge Debravo, de quien te leeré: “Soy hombre, he nacido, tengo piel y esperanza. Yo exijo por tanto que me dejen usarlas...”

Te veo asombrado y triste, al constatar los estragos de esta globalización galopante junto a la deshumanizante corriente neoliberal. Por eso, cuando encontré este graffiti en una muralla “Si no hay pan para los pobres, no habrá paz para los ricos”, repasé muchas las conversaciones que sosteníamos respecto a la realidad de una sociedad discriminadora y excluyente. Estoy cierta de que ese fue tu afán y todavía me estremece porque eso nos cobraban: ¡la conciencia!

Una noche viniste a avisarnos que habían detenido a Claudio, te acompañamos a través del parque, nos abrazamos y te miré alejarte, seguro llorabas igual que yo. Es sólo una palabra, un puño de letras: desaparecidos, pero de un insondable vacío.

Me detengo en el punto donde te tragó la oscuridad y sigo la imagen de tu espalda. Yo sabía que abrir ese baúl representaría muchas emociones. Pero, bueno, se ha pasado el rato y en este instante, prefiero quedarme con tu gusto por la música y tu cultivado oído para cantar, sin olvidar el coro al que asistíamos, donde aportábamos tu portentosa voz de tenor y yo mi quinceañera articulación de soprano.

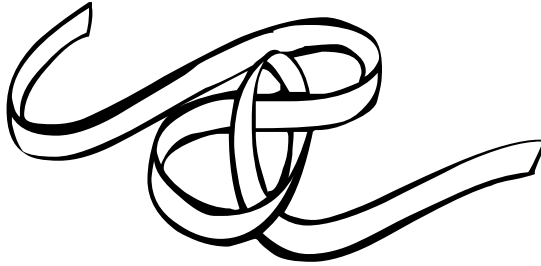
Me quedo, por tanto, en una de esas exquisitas veladas frente a la chimenea, escuchando música

coral o alguno de los folkloristas como Violeta Parra, Víctor Jara u otro, en discos de acetato, con un reposado vino caliente con naranja y canela, el Bobby a los pies.

Preferías Mozart a Beethoven, ¿verdad?

# Una cucharadita de ángel

*Lilia Canossa Armijo*



Resulta ser que un mini ángel, que venía en pleno vuelo, se distrajo y cayó torpemente dentro de una cucharadita de jarabe para la tos. No era la primera vez que se distraía, siempre estaba haciendo competencias de vuelo contra los zancudos *Culex*, simples insectos domésticos. Es bien sabido que ambas especies tienen unas dimensiones, liviandad y manera de volar muy similares así que les encantan estas tontas competencias.

El caso es que el mini ángel se sintió de pronto inmerso en aquel líquido dulzón, fresa, transparente. Entonces fue tragado a la fuerza por una ancianita, que ya estaba en las últimas, como dicen los mortales. El forcejeo entre paciente y cuidadora provocó que el angelito, en vez de

navegar por la faringe, fuera a dar con un crujido seco a la tráquea de la víctima.

“Ya no hay nada que hacer por la señora, esta neumonía no tiene control”, les había dicho el médico a las cinco hijas sesentonas. “Déjenla descansar y aplíquenle oxígeno todo el tiempo, ella se va a ir quedando dormidita, poco a poco”. Pero ninguna de las cinco se conformaba con perder a su viejita, de noventa y ocho años, y como se turnaban para acompañarla, cada una de ellas, a escondidas, la obligaba a tragar posibles remedios milagrosos: atol de camote, miel de abeja, té de jengibre, guaro puro y... jarabe rosado para la tos.

El mini angelito se sentía torpe, recorriendo aquel desvencijado aparato cardiorespiratorio, aquellos pulmones grisáceos, aquel corazón que tropezaba más y más lentamente hacia el final. Se apoyó lo más cómodamente posible contra la pared de un bronquio reblandecido e inflamado, molesto por aquel pegoste rosado en que se habían transformado sus alitas.

De pronto recordó que había sido creado para hacer el bien: ¿Qué podría hacer para ayudarle a aquella enfermita maltratada? ¿Quitarle la infección mortal de una vez por todas? ¿Desinflamar aquella ciénaga henchida de porquerías? ¿Convertir su

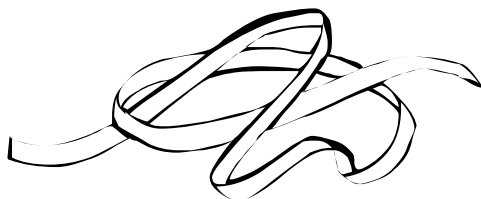
cinturón dorado en cuerda de campanario y colgarlo de la bella curvatura de la aorta; hacer repicar la vida en aquel corazón trastabillante?

Lo pensó mejor, entonces con un dedito tocó el bronquiolo que le quedaba más cercano, esta diminuta acción produjo un espectacular efecto dominó: todo se sacudió violentamente y se volvió de un azul diáfano, dentro de aquella caverna que se iluminó de paz. La viejita en un movimiento, ya reflejo, se libró de la máscara de oxígeno y abrió la boca desmesuradamente, como todo recién fallecido que se respete.

Por ahí salió medio volando el mini ángel, se fue a limpiar las alas con el brillo de la luna y sonrió.

# En miércoles no

*Benita Roldán Alvarado*



La mesa está lista: una botella de vino, nueve copas, nueve velas, nueve fotografías, nueve cartelitos con el nombre de cada uno en letras góticas. Son ocho fotos de mujeres y una de un señor. De fondo musical el Ave María vocalizada por José Mojica.

Es el ritual de todos los miércoles.

Éramos siete hermanas, criadas un poco fuera de lo común para aquella época, por unos padres que ahora serían etiquetados de “progres”. Mi padre era médico, mi madre pianista y maestra. Habían llegado de España muy jóvenes, poco antes de que estallara la Guerra Civil; con mis tres hermanas mayores, traían con ellos ideas anarquistas a las que fueron siempre fieles. Esas ideas marcaron las costumbres familiares y



nuestra educación, aunque rigurosa, nos enseñó a ser libres.

No sé si será feo decirlo pero, modestia aparte, todas éramos muy bonitas, por herencia tanto materna como paterna, así que en cuanto crecimos nunca faltaron pretendientes rondando la casa, ni serenatas los sábados; aun así, ninguna de nosotras llegó a casarse, eso sí todas estudiamos y trabajamos como maestras normalistas.

Sólo yo he sobrevivido a mis hermanas y sobrepaso en muchos años la edad en que ellas murieron. Sus muertes fueron extrañas, pues todas murieron por accidente, en la calle y en día miércoles.

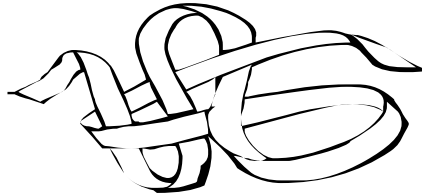
Por ello y desde hace muchos años opté por no salir ni recibir visitas los miércoles, no es que tenga miedo de morir, pero quisiera estar sola en casa llegado el momento. Por otra parte estoy tratando de romper la trágica tradición, si es que algo así existe.

De ahí, viene esta costumbre de cenar los miércoles acompañada de mis fantasmas.

¡Salud familia!

# El aguacero

*Olga Emilia Brenes*



Por esos días había llovido mucho, cierto que las plantas lo agradecen, pero como no soy una planta, no estaba tan... es más me siento mojada hasta los huesos. Es la “temporada verde”, este es un eufemismo que usan los agentes de viajes para llamar lo que monda y lironda es lluvia, por la mañana, por la tarde o por la noche.

Por esa época estábamos en la “temporada verde” y debíamos salir a comer, quisimos retrasar el momento lo más posible, pero la realidad de los sonidos del estómago se hizo palpable, no teníamos nada comestible en ese cuarto de hotel. Así que poniéndonos botas de hule, capa y paraguas, nos lanzamos a la intemperie, aunque adentro estaba calentito e invitaba a quedarse.

Pero lo mejor hubiese sido no salir, porque afuera estaba oscuro como la boca de un lobo e íbamos chocando con ramas y pedazos de madera, producto del aguacero. Se ve que la gente también se lanzó a la calle muy oscura, pues parece que se fue la luz en cuanto salimos de nuestra habitación. Se veía mucha gente caminando por la calle, alguna muy mal encarada, creo que ellos planeaban tener su agosto en mayo.

En eso, unos chicos se nos abalanzaron, los transeúntes no nos defendieron, se robaron el bolso de mi marido y cuando trataron de robarme a mí, le pegué un terrible mordisco al sorprendido atacante que me soltó frotándose la mano; a una orden del que parecía ser el jefe, se fueron tan raudos como llegaron. Nosotros, ofuscados, fuimos a una pulpería cercana para comprar velas y un foco y así poder regresar al hotel; afortunadamente en el bolso que se robaron lo único que había era un libro de turismo, el dinero lo tenía mi marido en un bolsillo del pantalón; yo traía una cámara digital, pero el inesperado mordisco y la captura del bolso los hizo irse.

Para entonces, ya el hambre se nos había quitado con el susto, en la pulpería además de la iluminación, compramos Meneítos, chocolates, confites y, en realidad, lo que encontramos en esa

pulpería de pueblo; rápidamente volvimos a nuestra habitación para no salir más.

Al día siguiente, un sol radiante invitaba a salir. Nos asomamos a la puerta y estaba el ambiente como si nada hubiese pasado: los jardines del hotel estaban limpios y los caminitos entre jardines estaban libres. Siempre me quedará la idea: ¿fue un mal sueño o realmente ocurrió?

# Conversaciones Lluviosas

*Antonia Morales*



Esos días había llovido mucho... En realidad, aquí lo extraño es que no llueva, por eso no sé qué me extraña de que en esos días mentados lloviera mucho... Esos días llovió, y hoy, y probablemente mañana lloverá. ¿Adónde me lleva esto? no lo sé, pero desde luego a un pensamiento trascendental no, es o de fijo es... no sé porque estoy pensando que mi cerebro anda el pobre un tanto desparramado, tal vez por tantos días de lluvia que han pasado y los que te rondarán morena, como dicen en mi tierra. ¡Pobre de él que no sabe en este momento qué es lo que estamos haciendo!

Bueno hagamos un paréntesis. Pensemos, pero juntos los dos, no yo por un lado y tú por otro, seriedad ante todo, demuestra que eres un

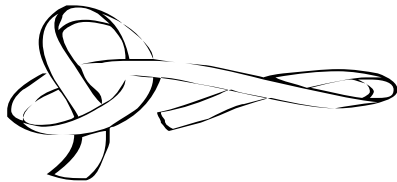
cerebro de categoría, no como yo que estoy nadando medio ahogada en el aguacero de estos días... ¿de cuáles? De los días pasados, de los que están pasando o de los que vendrán... ¿Lo ves? ya me he liado otra vez, y tú callado y en silencio oyendo llover (a lo peor se me durmió el cerebro) y yo estoy por mi cuenta diciendo cosas que ni yo entiendo. ¡Espabila, señor cerebro, mira que ya estamos quedando en ridículo! ¡que descoordinación la nuestra! Mira que yo, hasta ahora me doy cuenta, que ni contigo consigo ponerme de acuerdo... ¡En fin! Terminemos este diálogo de sordos, y pongámonos uno a una, somos uno solo tú y yo, no enredes más.

Estábamos diciendo que en estos días había llovido mucho... ¿y eso que problema es? Yo no sé si a ti te importa que llueva o no; no creo porque tú no te mojas, y yo sí, pero verás... a mí me importa un comino, no voy a salir.

Esto ya se está saliendo de razón, ¿que era entonces lo que estábamos haciendo? Pues yo no sé, y creo que tú tampoco. ¡Oh Dios, estoy discutiendo conmigo misma, y no me pongo de acuerdo! Bueno lo voy a dejar, pues estoy hecha una bola y ya me duele la cabeza de pensamientos profundos, de días de lluvia ¡oh dios está lloviendo, qué cosas... no me había dado cuenta!

# Rutinas en la vida

*Evelyn Silva Peralta*



Desvelarse rumiando las odiosas palabras del jefe, el gesto despectivo clavado en la nuca y el amargo sabor de injusticia cubriendo los ojos. Una ducha rabiosa, pan añejo, mascaradas insípidas. Imperiosas ganas de irse, salir corriendo, pero tanto hartazgo y cansancio empujan una vez más al diario tormento.

Levantarse, cumplir todos los ritos cotidianos chocando con las paredes. Comerse la amargura en cada bocado. Arrastrar el trapo sucio de la angustia por los rincones, sin esperanza, una y otra vez. Bañarse en lágrimas, secarse con recriminaciones, peinarse las culpas. Mirarse el desencanto en el espejo y vestirse en las redes del rencor. Salir al sinsentido, caminar lentamente al desencuentro.

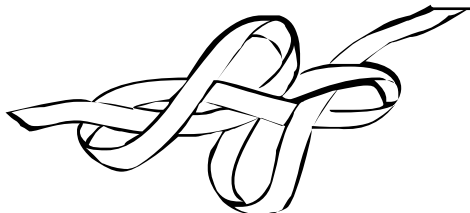
Despertarse con el canto de los pájaros, gozar ese frescor mañanero e ir acomodándose a la luz prometedora. Abrir puertas y ventanas inundando los espacios con dulzura. Estrenar el agua, jabonarse con gusto y llenarse el pelo de alegría. Engalanarse con los colores del placer, haciendo guiños a prometedores aromas. Paladear el café y comerse la ilusión de ese día en mordiscos pequeños, saboreando la risa. Saltar al rumor de la calle calzando el encanto de la prometida celebración.

Los antiguos ritos del dolor y la alegría, risa y llanto, angustia y esperanza, encanto y desencanto, luz y sombra, abrir y cerrar, amargura y dulzor. Todo en un solo módulo; compacto, modificable, trascendente... la vida.



# La vida es un festejo

*Lía Ferreto*



Anoche llovió. Esa lluvia llegó de manera inesperada, rayos, vientos y agua y agua. Sentía su fuerza, su música salvaje, mientras reposaba en mi cama, leyendo un libro que de paso no me gustaba, oía ese aguacero tronar sobre mi casa. Saboreaba esas ráfagas de viento que barrían todo eso parecido a la melancolía, al tedio y a las horas vacías. El libro reposaba sobre mi pecho porque, en tanto yo pensaba, ya nada leía.

Hoy temprano, al abrir la puerta de mi jardín, un aire límpido y perfumado entró a la casa. Primero dio sobre mi cara, luego sentí la hierba húmeda bajo mis pies al caminar descalza, sobre ese tapete de pasto, hojas y flores por todos lados que la lluvia dejó así de regalada. Las piedras brillantes aún del agua, el canto alegre de los pajarillos que anidan en las ramas de mi árbol me deleitaban. Todo brillaba: los verdes más intensos,

las flores medio desmayadas, la perrita jugaba y chapoteaba, parecía una fiesta que la lluvia de anoche me regalaba.

Luego mientras saboreaba un café de esos bien tintos, servido en mi taza rosada, miraba sin mirar, mientras mis pensamientos volaban de un lugar a otro entrando, en sitios de mi memoria que nunca antes visitara.

¿Cuántas veces esa sensación de gozo se había instalado en mi ser y ya no lo recordaba? Ese recuerdo era eso: una vivencia que se repetía en el tiempo y en mi vida, que mis células registraron y que ahora se hacía presente con una lucidez que no sé de dónde provenía. No era nuevo, sentirlo en mi ser me lo revelaba. Ya antes lo había vivido.

Recordé el sonido del llanto de mi primera hija, mientras yo la tomaba entre mis brazos, mirándola por vez primera en medio de lágrimas de madre joven y extasiada. La dulce placidez de otra hija al dormir. La sonrisa tierna de aquella que salió envuelta entre lanas celestes porque creí que tendría un varón. La dicha de sostener a mi última hija en brazos, pues sabía que mi maternidad había terminado con ella y habíamos vencido los peligros. ¿No son éstas vivencias parte de esa música que es la vida?

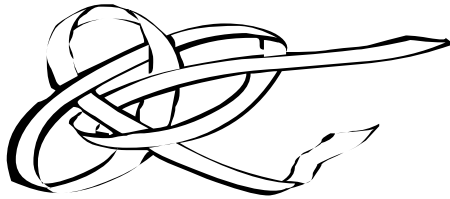
La llegada de tantos niños luego, extendiéndome, llenaron mi vida de caritas sonrientes, risas adorables y anécdotas inolvidables. Sustos, enfermedades y situaciones estresantes son la forma en que la vida te dice que hay que seguir luchando, que vale la pena. ¿Cómo explicar que a través de todo esto se vive y se goza?

La gente conocida a través del tiempo, amistades que nos acompañan por décadas, lugares visitados, conocimientos adquiridos, la música que tanto he cantado y bailado aún ahora saca de mi pecho sus notas tan sentidas o sus pasos de romántica perdida. Los amores que no funcionaron y los nuevos que llegan furtivos, que no son anunciados, se instalan a escondidas, ahí donde nos roban el aire, el sueño; llenan de besos y caricias esas nuevas memorias, sin importarles la edad ni el tiempo, y regresan a devolverte lo que no habías vivido. ¿No es esto la locura que es también parte de la vida?

Hemos sido convocados. A la misma hora, en el mismo planeta, en la misma geografía, astros, dioses, ancestros -todos ellos cómplices de lo Alto- a vivir esta única experiencia que llamamos Vida. Se nos ha invitado. Requisito único: disfrutar a lo máximo la Gran Fiesta de la Vida.

# Una historia de la vida

*Antonia Morales D.*



Antes que nada, quiero aclarar que todo lo relatado en este texto es imaginario y cualquier parecido de hechos o personajes con la realidad es pura coincidencia.

Una mañana me levanté como todos los días con la nariz fruncida, tratando de oler el café y pensando que tenía dos caminos: levantarme e ir a buscar uno o quedarme allí y esperar a que me lo trajeran pero... ¿quién me lo iba a traer? Me quedé mirando al gato enroscado junto a mi le empuje y le dije: - Anda, tráeme café (si me oyó no me hizo caso y siguió durmiendo).

En vista de tan escasos resultados, decidí levantarme e ir por mi cuenta. Me estire, me puse de pie y fui para la cocina; justo cuando iba a

entrar izas! Ante mis pies, se abrió un pozo oscuro y caí en él, seguí cayendo sin poder agarrarme a nada, pues las paredes eran de piedra. Yo pensaba... ¿qué es esto? ¿será que ahora soy Alicia la del cuento? ¿conoceré al conejo blanco?

Seguía cayendo. Al final toque fondo, por suerte nada de agua, era poco agradable pero por lo menos seco, un pozo seco y de piedra; para suerte mía, no se veían ratas u otros animalitos poco simpáticos. Miré hacia arriba y apenas se veía una luz, pero poco a poco, esa luz era un rayo de sol que me permitía ver mi entorno... ¿que había? ¡NADA! Oscuridad y piedra.

Para entonces me surgieron más interrogantes ¿Quién me sacará de aquí si estoy sola? ¿que hace un pozo con sol en mi salón? ¿Como llegaron ellos allí y yo aquí? Esas preguntas eran trascendentales para entender qué estaba sucediendo, entonces vi pasar una sombra que se sentó en mis hombros abrazándome por detrás, no me asustó porque sentí que la conocía.

Tras un rato de silencio, pensando, la reconocí: era mujer; si, es mi gran amiga (o enemiga según se mire) ¡sí! Es la “depre”... la condenada “depre”. ¿qué hacía allí? ¿Que haces aquí? Le pregunté pero no me contestó, no hacía falta, estaba en su casa. Si

eso era, yo había caído por fin en el fondo del pozo de la depre, fue fácil caer pero... ¿cómo salir?.

Pensaba y, entre más ideaba formas, esa sombra se iba separando como enfadada, como extrañada de mi rechazo. Entrar a su casa, a la casa, hasta el fondo y luego querer desesperadamente salir de allí no le cabía en sus neuronas... o lo que tenga la depre en la cabeza, - si es que tiene cabeza - no lo sé, la tenía a mi espalda, la sentía sin poder verla; ya no me abrazaba, miré hacia arriba hacia la luz y vi con temor que el rayo se estaba apagando, cada vez a más velocidad, pensaba “¿dónde estará mi ángel de la guarda, mi esperanza, o quien sea, que no me saca de aquí?”

Justo cuando iba a volverme a mirar cara a cara a la “depre”, sentí que el ruido era muy sutil, apenas un roce, no sabía que era, pero me inspiró una gran esperanza, seguí mirando y de pronto les vi. Poco a poco, por las piedras lisas bajaban mis tres gatos Mateo, Nicolás y Santiago, venían exhibiendo los dientes, gruñendo y mirando a la sombra con rabia; mientras tanto, ella fue retrocediendo hasta la pared del pozo, gruñendo también. Yo no me imaginaba que las depres se enfadaran, pero sí se enfadan, y mucho.

Los felinos le hicieron frente y ella, gruñendo como ellos, se fue pegando a la pared y se

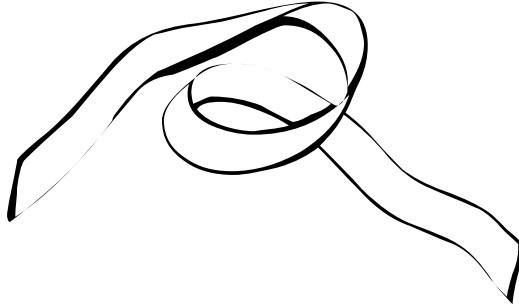
incrustó en la piedra. Los gatos me agarraron como pudieron, me empujaban, me tiraban del pelo... íbamos hacia la luz. Ya casi en la salida, los mininos no me podían sostener; cuando creí que volvería a caer, en la boca del pozo apareció una frondosa cola gris llena de pelos como algodón, era la cola de mi perro Maximiliano. Me agarré, los gatos me empujaron y entonces Sissi - mi otra perrita - me sacó a tirones del pijama. De pronto estaba fuera, no sabía que había pasado, pero allí estaban las vigas del techo de madera, no el so; estaban las losas de cerámica, no el pozo y las piedras.

-Ves,- me dije levantándome del suelo todo eso te pasa por perezosa, si quieres café mejor te levantas y vas por él sin mayor trámite, y hazlo con alegría no con la nariz de bruja y la cara de vinagre, así no volverás a caer al pozo, que ya viste que es bien feo y triste y sobre todo solitario, así que: ¡arriba, adelante! y que esa sombra se quede en su casa hundida en el fondo de su propio ser.

Me levanté, preparé y tomé un café, hice otras cosillas y después, tranquilamente me fui a colorear dibujos de flores y campos verdes junto a mis pequeñines peludos conmigo, siempre conmigo.

# Amor materno

*Marta Hernández Mendoza*



Bolita es callejera, vive en una bodega que hace mucho tiempo se encuentra abandonada. La vida en la calle le ha enseñado mucho, le ha enseñado a ser muy lista para poder sobrevivir. Ahora, como mamá primeriza de cuatro bellezas, tiene que transmitirles esa sabiduría; además de alimentarlos, ha permanecido todo este tiempo con ellos limpiándolos, cuidándoles.

Hoy ha tenido que salir en busca de alimento, porque ya lo necesitan y no es suficiente solo amamantarlos, cerca hay un abastecimiento al que se dirige y entra con toda confianza “*como perro por su casa*”, sin perder tiempo, llega directamente al pasillo en donde están las bolsas con alimentos,

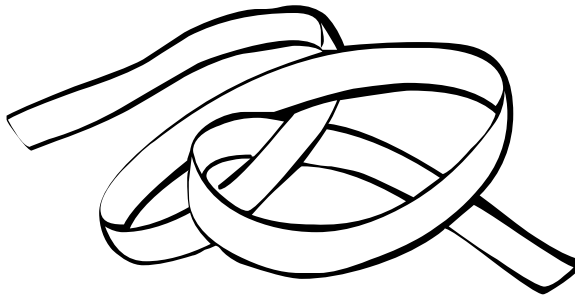


coge una bolsa y sale corriendo, a darles de comer a sus cachorritos, hace lo mismo los siguientes días, pero ya el guarda está atento, porque la cámara de seguridad ya la tiene registrada.

Ese día no más entra y llega a coger la bolsa de alimento, cuando de repente aparece el guarda. Bolita logra salir corriendo “*patitas pa que te quiero*”, pero el guarda la sigue hasta encontrarse con una escena muy tierna, situación que lo motiva a llevarla a su casa, en donde la esperan sus hijas, niñas muy amorosas. *Bolita*, el nombre que le ponen las niñas, encuentra un hogar para ella y sus cachorritos, pero además Bolita ya es famosa, ha salido su fotografía por todos los medios informáticos como la mamá del año.

# La vida es una fiesta con los monos en la orquesta

*Virginelia Calderón Salas*



Los rayos del sol trabajosamente se colaban por entre las ramas del tupido bosque, mientras las notas musicales se esparcían por todos los rincones. Los monos invitados, solos o en parejas, lucían esa tarde sus mejores atuendos, que acomodaban en el suelo de acuerdo con sus características físicas.

La invitación que les había llegado el día anterior escuetamente decía:

*-Los espero mañana, a partir de las 4 de la tarde en el Claro de Los ruiseñores, a disfrutar del*

*espectáculo “La vida es una fiesta”. Firma. Mono Alegre (Fito)*

Mono Alegre era muy conocido y querido por todos los animales del bosque, desde chiquito se caracterizó por ser travieso, juguetón e inventor de payasadas e historias, con lo que hacía reír a jóvenes y viejos.

Esa tarde, el espectáculo no se hizo esperar y, a la hora indicada, el búho como maestro de ceremonias y con la elocuencia que lo caracteriza dijo:

*-Esta actividad la estamos organizamos por primera vez, para cumplir uno de los sueños de nuestro compañero y amigo Mono Alegre (cariñosamente Fito), dedicada a los adultos mayores de este bello bosque porque siempre nos estamos quejando de la vida, de la comida, de las dolencias, del agua, del aquí y del allá. Todo nos llega del cielo sin ningún esfuerzo y no estamos contentos. ¿Qué nos pasa, amigos? ¡Vivamos en familia! ¡Que el mal de uno sea del otro! Ayudemos a hacer de este bosque el más lindo de todos. Hagamos que cada día de nuestra vida sea una fiesta. Esa fue la misión que nos dio el Creador del Universo cuando nos envió a poblar esta tierra, pero eso solo dependerá de cada uno de nosotros.*

Luego, fue presentando a los integrantes de la orquesta que esa tarde interpretaría de Richard Strauss: *Las traviesas bromas, del Till Eulenspiegel, Op.28*. Enfundado en un traje negro con saco de cola tipo pelícano, salió al escenario el director, Maestro Grillo de las Nieves del Poás, quien al saludar a los presentes casi deja la nariz en una piedra.

En los primeros y los segundos violines estaban los monos adolescentes que enroscaban sus colas en el mango y la cabeza del violín. Un lobo languirucho y de ojos penetrantes tocaba la viola. Una manada de cerdos blancos y pardos se encargaba de los contrabajos. Los clarinetes estaban a cargo de las jirafas y los elefantes. Al piano, le sacaba notas angelicales una delgada y risueña cigarra que entró al escenario tirando besos. El arpa, tocada magistralmente por una viudita vestida de azul, hacía que se desgarrara el alma de los presentes.

La noche fue opacando los colores del atardecer. La luna juguetona y coqueta asomaba, de poquito a poquito, su cabeza por entre el follaje, y los presentes no resistieron el deseo de bailar. La hormiga y el ratón iniciaron el baile y en un santiamén se llenó la pista donde contorsionaban sus cuerpos queriendo demostrar sus habilidades.

De vez en cuando un “¡urra, urra!” y un “¡viva Fito!” se escuchaba al unísono mientras la orquesta seguía tocando.

Ya el concierto casi llegaba a su fin cuando una voz desentonada y furiosa gritó:

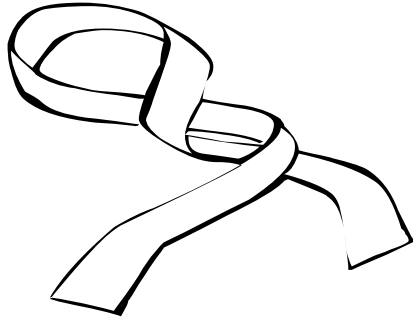
*- ¿Qué pasa aquí, qué es este escándalo que no deja dormir?*

*- ¡Vieja sapa!, ¡vieja tonta! le gritó el sapo que hasta que sudaba de bailar con la comadreja - ¿No ve que es un concierto y un baile que nos está dando Fito y su orquesta a los adultos mayores? ¡La próxima llegue temprano!*

*- ¡Aaaah! dijo la tortuga contemplando el festín y sonriendo lenta y pacientemente.*

# La paloma vuela

*Evelyn Silva Peralta*



Me he despertado varias veces, doy vueltas y me hago un ovillo. Un rayo de sol me punza y abro los ojos, veo con el rabillo a la paloma del edificio del frente, camina, picotea, camina otra vez, hay un ruido y vuela, esa palomilla... es divertida.

Parece que hace frío porque la gente se encoge en sus abrigo. Siento el ruido de los vehículos, me acurruco y otra vez me pierdo, parece que sueño. Otra vez el ruido, esta vez no es la paloma la que brinca, soy yo, con la punzadura del guarda. ¡Ya sé! Van a abrir la tienda. Recojo los cartones... ¡La paloma vuela!



## VisualCon.net

---

Ha realizado esta publicación digital  
en el mes de marzo del 2018  
como apoyo al taller de Escritura Creativa, PIAM  
dirigido por Giselle García Pereira  
San José - Costa Rica.





